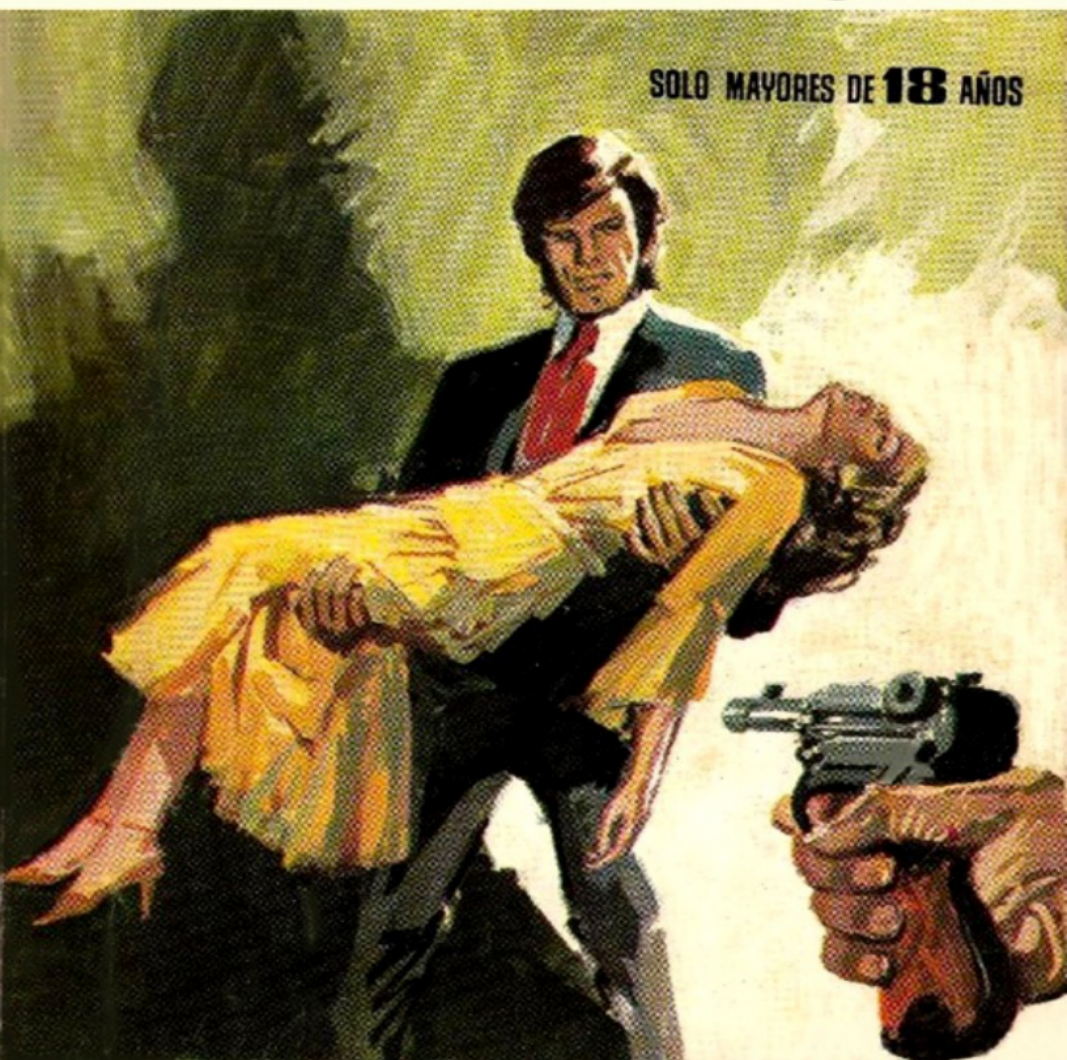




DULCE Y ANGELICAL OPHELIA

Lou Carrigan

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



LOU CARRIGAN

Dulce y angelical Ophelia

Colección PUNTO ROJO nº 933. Bruguera – mar/1980

CAPITULO PRIMERO

—...Y entonces ella va y le dice: «Oiga, amigo, ¿qué prefiere que opine de usted, que es imbécil o idiota?»

—¡...!

—Es bueno, ¿eh? —rió Malcom Marsh, agarrado al teléfono como si no tuviera que hacer otra cosa en la vida—. Pues espera, que voy a contarte el de aquella mujer que va por la calle y la para un sujeto y le dice: «Señora, se le ha caído el culo al suelo.» Y entonces ella le contesta... Oye, Neil, espera un momento, me parece que alguien ha entrado. Un momento, ¿eh?

Malcom Marsh dejó el auricular del teléfono sobre su mesa, se puso en pie, y fue hacia la puerta de su despacho privado, dentro de la oficina de investigaciones privadas que dirigía. Nadie más que él podía dirigirla, por la sencilla razón de que, además de jefe, era el único empleado de la «Marsh Investigations». Pero no porque no tuviese éxito y clientes, sino porque...

Bien, ésa es otra historia.

La historia actual, el momento presente, en el que Malcom Marsh estaba contándole chistes por teléfono a su amigo Neil, prosigue cuando Marsh sale de su despacho, mira hacia la puerta de su oficina, siempre abierta... y del pasmo se le cae el cigarrillo al suelo.

Un ángel.

Un ángel.

¡Santo cielo, Malcom Marsh acababa de recibir la visita de un ángel!

Un ángel de larga y alborotada cabellera rubia, ojos azules bellísimos, boquita plena y adecuadamente roja, cuerpo escultural, un elegante vestido de verano azul pálido... y el más exquisito aspecto que pudiera desearse. Un ángel de unos... ¿veintidós años?

—¿Señor Marsh?

—¿Qué? —balbuceó Marsh.

—Estoy buscando al señor Malcom Marsh, detective privado.

—Ah... Sí, es aquí, desde luego... Sí.

—¿Está en la oficina?

Malcom Marsh se iba recuperando rápidamente. Así que sonrió, y dijo:

—En este preciso momento, no, señorita: acaba de salir de viaje.

—¡Oh! Bueno, qué le vamos a hacer... ¿Tardará mucho en volver?

—¡Qué va! Ha ido aquí mismo —Marsh señaló hacia arriba—. Pero lo llamo en seguida... ¡Eh, Malcom, baja, tienes visita! ¡Barraaabum! ¡Ya ha bajado, ya está aquí!

—¿Dónde? —se desconcertó la muchacha.

—Aquí —se tocó el pecho Marsh con el pulgar—. Yo soy Malcom Marsh, y acabo de regresar del cielo... pero sigo viendo un ángel.

La muchacha sonrió, y Malcom tuvo la sensación de que el estómago

le daba un salto extraordinario. Pero, de pronto, la rubia y angelical visitante quedó seria, y frunció el ceño.

—Es usted muy amable, señor Marsh, pero me temo que ya no me interesa contratarlo.

—¿No? ¿Por qué?

—Estoy buscando una persona seria, no un muchacho simpático y divertido, y espero que la comprenda.

—¿No le gusta pasarlo bien?

—Desde luego que sí. Pero tenía... otro concepto de usted. Hace unas semanas leí una entrevista que le hizo la revista *Investigations*, y me pareció al recordarlo hace un par de días, que podría ser el hombre que necesito. Además, usted no es el señor Marsh, ahora que caigo. En las fotografías, llevaba barba.

—Me la afeité. ¿Eso tampoco le parece serio?

—Oh, sí, eso sí.

—Menos mal. ¿Quiere seriedad? De acuerdo, sea tan amable de pasar a mi despacho, y dejaremos las bromas para otra ocasión. ¿Le gusta más así?

La muchacha vaciló. Pero ahora, ciertamente, Malcom Marsh la estaba mirando seriamente, con gesto especulativo, con la expresión inteligente que, al parecer, la visitante había vislumbrado en el hombre barbudo entrevistado en *Investigations*.

—Está bien... Sí, me gusta más así, señor Marsh.

Este se apartó de la puerta de su despacho, y la muchacha cruzó el antedespacho y entró. Malcom cerró la puerta, acercó un poco más a su mesa una butaca, y cuando la muchacha se hubo sentado, él pasó a ocupar su sillón giratorio.

—Muy bien, señorita... señorita...

Ella señaló el auricular sobre la mesa.

—Tiene el teléfono descolgado.

Malcom lo miró, asintió, y tomó el auricular.

—...y ella le contesta: «Ha sido por la sacudida al pisar su cerebro, que se le ha caído a usted antes». Adiós, Neil.

Colgó. Ofreció su paquete de cigarrillos a la rubia preciosa, que aceptó. Ya los dos fumando, ella dijo:

—Ophelia... Ophelia Reynolds, señor Marsh.

—Encantado, señorita Reynolds. Espero tener la satisfacción de poder servirla. Un momento... La he llamado «señorita», y quizá no...

—Oh, sí. Soy soltera, no se preocupe por esos detalles.

—Yo también soy soltero... y eso sí debe preocuparla a usted —sonrió Malcom—. Pero hemos convenido hablar en serio, así que hagámoslo. ¿De qué se trata?

Ophelia miró de nuevo atentamente los oscuros ojos del detective privado. Sí, ahora estaba segura: eran los mismos que había visto en

las fotos de la revista. Una mirada directa, inteligente y atenta. Aquella mirada que tanto la había impresionado... y que había vuelto a recordar cuando, reflexionando sobre lo ocurrido, pensó en contratar un detective.

—Mi tía Leticia, señor Marsh, falleció hace una semana.

—Lo siento —no se inmutó Malcom.

—Tuvo... un accidente de automóvil. Fue terrible. La pobre tía Letty quedó... convertida en carbón.

—Me parece que sería más exacto decir que quedó carbonizada. Es un matiz lingüístico que espero sepa usted apreciar, señorita Reynolds.

—Sí... sí, desde luego. Bien, el caso es, señor Marsh, que yo creo... sospecho... que tía Letty fue asesinada.

—¿Quiere decir que cree que el accidente fue premeditado, preparado por alguien?

—Sí.

Malcom asintió, y se quedó mirando la brasa de su cigarrillo.

—Aunque soy un detective caro, señorita Reynolds, usted tiene aspecto de poder pagar sin problemas mis servicios. No obstante, pienso que sería estafarla aceptar su contrato.

—¿Por qué?

—Porque opino que una cosa así es más propia de la policía que de un detective privado. Y la policía presta sus servicios gratuitamente. ¿Le parece serio esto por mi parte?

—Y muy honesto —asintió Ophelia Reynolds—. Pero no puedo acudir a la policía por unas sospechas basadas en unas pocas palabras oídas casualmente, señor Marsh. Mejor dicho: antes de recurrir a la policía, yo quisiera tener algo más que esas palabras y esas sospechas... originadas por esas palabras. Sin embargo, si usted prefiere no aceptarme como cliente...

—Un asesinato es una cosa muy seria, señorita Reynolds.

—Lo sé. Y sé que usted lo sabe. Puesto que ha resuelto algunos casos.

—Muy amable. Veamos... Sin compromiso para usted ni para mí: ¿cuáles son esas palabras y quién las pronunció?

—Las pronunció mi tía, pocos días antes de morir. No sé con quién estaba hablando. Yo pasaba en aquel momento por delante de su habitación, y las oí casualmente. Mi tía estaba diciendo exactamente: *«Esas amenazas no me asustan, ya hablamos anoche en el “Charlot”, y...»* Se calló. Malcom alzó las cejas.

—¿Y...?

—Eso fue todo. Yo no estaba allí para escuchar, así que seguí mi camino, hacia mi dormitorio. Luego me arrepentí, cuando me detuve a pensar en lo que había oído, a reflexionar sobre ello. Pensé en preguntarle a tía Letty, pero no me pareció oportuno.

—¿Por qué no?

—Bueno, no es correcto escuchar las conversaciones privadas, señor Marsh. Temía que tía Letty pudiera molestarse conmigo. Era una mujer muy cariñosa, pero a veces tenía un genio un poco... explosivo. Tuve la certeza de que me diría, más o menos, que me ocupara de mis asuntos.

—¿Y cuáles son sus asuntos?

—Terminé el curso pasado mi licenciatura en Leyes. Dentro de unas semanas, espero dedicarme a eso dentro de mi propia empresa. Siempre surgen problemas legales que atender.

—Desde luego. De modo que es usted abogada... ¡Caramba, es muy joven para eso, me parece! ¿Cuántos...? No, nada. Veamos si...

—Veintidós —sonrió Ophelia—; dentro de cuatro meses cumpliré veintitrés.

—Ah... Ejem... Bien, veamos si lo he entendido bien: ¿usted piensa que su tía fue asesinada basándose solamente en esas palabras oídas casualmente?

—Sí. ¿Usted qué opina?

—Pues, sinceramente, pienso que la policía no se lo tomaría *demasiado* en serio, pero sí lo suficiente como para iniciar una investigación que...

—Eso es lo que trato de evitar: una investigación rutinaria, poco convencida, y que resultaría demasiado vista, señor Marsh. Si usted acepta trabajar para mí, deberá ser con la discreción que se supone en los detectives privados, y, por supuesto, convencido de que vale la pena investigar *a fondo*.

—Acaba de definir usted mi línea de trabajo —asintió el detective privado—. ¿Se le ocurre de alguien que tuviera motivos para amenazar a su tía?

—¡Claro que no!

—Bueno, mire, señorita Reynolds, esas... amenazas podían ser sobre tonterías, ¿comprende? Generalmente, la gente que piensa en cometer un asesinato no recurre antes a las amenazas. Estamos hablando de asesinatos... serios, ¿comprende?, no de esos en que antes se vocifera: que si te pondré una bomba, que si te cortaré el cuello, que si me voy a cargar a ese tipo... ¿Comprende lo que quiero decir? Según entiendo, su tía estuvo la noche anterior a esa conversación en lo que sea que se llame «Charlot»...

—Es un club nocturno.

—¿De veras? Tendré que hacerle una rebaja en los honorarios, pues me ha ahorrado trabajo. De acuerdo, un club nocturno. Estuvo con alguien con quien habló, en ese club. ¿Esa persona iba a hacer al día siguiente amenazas por teléfono? Insisto: amenazas serias, de muerte, de persona a persona. ¿Lo entiende?

—Sí.

—¿En qué se ocupaba su tía?

—Dirigía la empresa que yo dirigiré cuando cumpla veintitrés años: la «Reynolds Car Supplies». Tenemos una extensa red de ventas de toda clase de piezas de automóvil en todo el país, e incluso en Alaska y Puerto Rico. Pronto estaremos también en las islas Hawái.

—¿Es usted millonaria?

—Muy millonaria, señor Marsh. Pero insisto, eso será cuando cumpla los veintitrés años. Mi padre lo dispuso así: hasta esa edad sería mi tía quien estaría al frente de la empresa y del dinero, así como a cargo de mí, como tutora, y debo decir que tía Letty ha cumplido a la perfección todos sus cometidos desde que mis padres fallecieron. Tía Letty era hermana de mi madre...

—¿Sus padres han fallecido?

—Así es, señor Marsh. Hace doce años.

—Aunque tengo unos cuantos años más que usted, estamos a la par en eso: mis padres también fallecieron hace doce años, es decir, cuando yo tenía dieciséis... Pero no al mismo tiempo, sino con un intervalo de un año.

—Los míos fallecieron al mismo tiempo.

—Un duro golpe —murmuró Malcom—. ¿De qué fallecieron?

—El helicóptero en el que viajaban de Cleveland a Detroit se estrelló. Fallecieron los dos y el piloto, John Beans.

—¿El helicóptero se estrelló? ¿Qué ocurrió?

—Un accidente, claro.

Malcom Marsh se quedó mirando fijamente a Ophelia Reynolds. La muchacha sostuvo la mirada sin pestañear, tan serena y firme como la del detective privado. Ni siquiera hacía falta que uno u otro hicieran comentario alguno, porque se estaban entendiendo a la perfección.

De pronto, Marsh parpadeó.

—Es decir —murmuró—: *otro* accidente.

—Sí, señor Marsh.

—Puede ser casualidad.

—Desde luego.

—Pero usted no lo cree, después de lo de su tía Leticia.

—No soy una chica fantástica ni traumatizada, señor Marsh. Más bien al contrario, por mi profesión todavía no estrenada, es más lógico que tenga una mentalidad... fría y analítica, ¿no está de acuerdo?

—Por completo: fría, analítica... y lógica. Y si sumamos todo eso es natural que usted haya llegado a pensar que dos accidentes como esos son demasiados.

—Se me ha ocurrido que podía ser así, recordando la conversación telefónica de tía Letty.

—Ya. Vamos a ver... Cuando falleció... fallecieron sus padres, su tía Leticia se hizo cargo de usted y del negocio. ¿Quién se hará cargo

ahora que ha fallecido también su tía?

—Pues, como siempre, Gerald Owells, por supuesto... Aunque sólo hasta que yo cumpla los veintitrés.

Malcom asintió.

—¿Quién es Gerald Owells?

—Era el secretario de mi padre cuando éste falleció. Desde entonces, en realidad, él lo ha dirigido todo. Oficialmente, la directora general era tía Letty, pero ella no habría sabido hacer prácticamente nada sin Gerald. De modo que lo nombró subdirector, y desde entonces Gerald ha sido quien realmente ha dirigido la empresa.

—¿Satisfactoriamente?

—Si no hubiera sido así, en doce años de mala administración la «R.C.S.» se habría arruinado, señor Marsh.

—Sí... Doce años haciendo mal las cosas serían demasiados. ¿Qué pasará con el señor Gerald Owells ahora que ha fallecido la tía de usted?

—Nada especial. Se puede decir que yo ocuparé el cargo de tía Letty, pero Gerald seguirá siendo quien se encargue de la dirección de la empresa, como desde entonces... salvo en los asuntos legales, claro está.

—Lo que significa que usted tiene plena confianza en él.

—Absoluta. Ha sido siempre un hombre cariñoso y honesto.

—En definitiva, la situación del señor Owells no va a cambiar.

—No. Bueno, posiblemente le aumentaré el sueldo unos dólares al año, y le concederé algunas atribuciones más, pero sustancialmente, no creo que esto cambie su vida.

Malcom Marsh estuvo a punto de preguntar: «¿Y qué pasaría si también usted falleciera en un accidente?» Pero prefirió fruncir el ceño y permanecer en silencio unos segundos. Quizá más adelante hiciese la pregunta. Quizá. Porque hacerla ahora significaría sugerirle a la muchacha que posiblemente ella fuese a tener también un accidente.

—¿Dónde está ese club llamado «Charlot»? —preguntó.

—En St. Clair Avenue. Fue inaugurado cuando falleció Charles Chaplin, y le pusieron «Charlot» como homenaje.

Malcom se permitió una leve sonrisa.

—Al parecer, señorita Reynolds, tiene usted madera de investigadora. Sería una buena secretaria para mí... si no fuese porque no quiero ninguna secretaria.

—¿No tiene secretaria?

—No. Ni ayudantes, ni nadie. Me las arreglo bien solo. Tengo un contestador telefónico automático, que toma los recados, y con eso me las arreglo.

—Un aparato nunca puede ser tan útil como una persona.

—No discuto eso, pero estaba harto de ayudantes gandules e ineptos, y de secretarias que me manchaban todos los papeles de laca de uñas y que, o bien desorbitaban mi cuenta del teléfono, o si no tenían un jovencito con quien hablar, intentaban ligar conmigo, Decidí eliminar molestias, discusiones y gastos. Y preocupaciones.

—¿Era una preocupación para usted ligar con sus secretarias?

—Ligar, no: desligar.

—Eso puede ser egoísmo, señor Marsh.

—Puede ser —encogió los hombros Malcom—, pero yo no soy un *homo ignorantus*, sino un *homo sapiens*, de modo que pensé que sólo yo podía decidir con qué chica no quería desligar, en lugar de aceptar imposiciones y presiones sólo por unas horas de cama con una chica más o menos bonita que buscaba su satisfacción y su conveniencia. ¿Sigo pareciéndole egoísta?

—Quizá menos egoísta que cauto. Lo que pienso ahora es que es muy exigente para ligar.

—Para ligar, no, para ligarme, sí: o para atarme, si hay que matizar bien las palabras. Y ya que estamos metiéndonos en terreno un tanto personal: ¿tiene usted novio, o *boy-friend*, ya sabe...?

—No. He estado demasiado ocupada estudiando.

—Admirable. Así que tampoco nada por ese lado. Otra pregunta: si no hubiese fallecido su tía... ¿qué habría pasado al incorporarse usted a la dirección de la empresa... es decir, al asumir esa dirección oficialmente?

—Yo pensaba que ya había llegado el momento de que la buena de tía Letty se dedicase a descansar, viajar, disfrutar un poco...

—Eso es muy bondadoso por parte de usted. ¿Cuántos años tenía su tía al fallecer?

—Cincuenta y tres.

—Mi impresión hasta el momento es que era soltera. ¿Sí?

—Oh, sí, sí, soltera.

—¿Y sin... ligues? —sonrió Malcom.

—Nunca profundicé en esa faceta de la vida de mi tía, señor Marsh. Sin embargo, y aunque últimamente no creo que ella tuviera tiempo ni interés por esas cosas, podemos suponer que años atrás tuvo sus más y sus menos, como todo el mundo. Aunque me sorprendería.

—¿Por qué?

—Bueno, ella era... distante.

—¿Fría? No sexualmente, entienda. ¿Era de carácter frío?

—Más bien sí.

—La clásica mujer enérgica capaz de dirigir cualquier empresa.

—Eso la define bien, sí.

—He entendido que ustedes vivían juntas. ¿Dónde?

—En el 1.114 de Detroit Avenue.

—Claro, en Detroit Avenue. Una casa, claro, no un apartamento.

—Una casa —sonrió Ophelia—. Y bastante grande.

—Casi la imagino. ¿Su tía era bonita o fea? Dejando aparte las peculiaridades de la edad, claro está.

—Yo diría que era bonita.

—Y nada de hombres.

—Que yo sepa, no.

—Y todas las cuentas y asuntos de su empresa están funcionando perfectamente.

—Que yo sepa, sí.

—Y la única persona que puede beneficiarse digamos imperceptiblemente de su muerte, podría ser el señor Gerald Owells.

—Digámoslo así.

—Y usted, de todos modos, dentro de cuatro meses habría asumido la dirección de la empresa.

—Exacto.

—Me gustaría disponer de una buena fotografía de su tía, señorita Reynolds. ¿Es posible?

—Sí.

—También quisiera una lista del personal directivo de la «Reynolds Car Suplies», así como la relación de sus sueldos y sus direcciones privadas. ¿Posible?

—También.

—Tengo un amigo que es un genio con los números y todo eso: puede oler un chanchullo a mil millas. ¿Podría meter sus narices en los libros o en el ordenador electrónico de la «R.C.S.»? Discretísimamente, desde luego.

—También, señor Marsh.

—¿Aceptaría tomar una copa conmigo esta noche, señorita Reynolds?

—Pues... sí. Sí, encantada.

—Es usted muy amable. ¿Paso a buscarla a las nueve?

—Estaré preparada. Señor Marsh: ¿acepta usted investigar todo esto?

—Naturalmente.

—Gracias. Supongo que tengo que entregarle un anticipo

—De acuerdo: un dólar.

—¿Cómo, un dólar? —se asombró Ophelia.

—Mire, si usted hubiese venido a encargarme que siguiera a su marido, o una cosa de esas, tendría que depositar no menos de quinientos dólares, señorita Reynolds, y le advertiría que mi dieta diaria es de doscientos cincuenta. Me he llevado muchos chascos con la gente que pide esa clase de cosas: luego vuelven a ser amigos, o amantes, o marido y mujer, y yo quedo como un chismoso. Pero en un caso como éste, no creo que usted haya venido aquí a jugar, ¿verdad?

—Verdad, señor Marsh.

—Entonces, anticipéme un dólar, que sabré emplear adecuadamente, y cuando termine la investigación, hablaremos de dinero. ¿Le parece bien?

—Me gusta usted, señor Marsh —sonrió Ophelia.

—¿Ve? —sonrió también el detective—. ¡No hay que fiarse de la primera apariencia! Y por otra parte, como justa correspondencia a su gentileza, le diré que usted también me gusta a mí, señorita Reynolds. Espero que no se olvide de nuestra cita a las nueve.

CAPITULO II

—Hola—sonrió ella, tendiéndole la mano—. Es usted verdaderamente puntual, señor Marsh.

Este, que había sido introducido en la encantadora salita de espera de la suntuosa casa de los Reynolds, estaba fascinado por la belleza y sencillez de Ophelia, que llevaba un elegante pero discreto vestido de cóctel. Su mano era fina, suave, fresca.

—Entonces, es cierto —murmuró el detective—. No soñé con un ángel, sino que existe. Lo he estado dudando hasta este momento. Me decía constantemente que iba a meter la pata al venir aquí y preguntar por la señorita Reynolds.

—No lo creo —movió la cabeza Ophelia, chispeantes de malicia sus ojos—. En estas horas, señor Marsh, estoy segura de que usted se habrá enterado bastante bien de quién soy yo, mi empresa, y hasta seguramente ha estado husmeando acerca de tía Letty, y cosas así. ¿Me equivoco?

—Pues... no.

—Menos mal. ¡Qué flor tan bonita!

Señaló la flor que Malcom sostenía en una mano, envuelto el tallo en papel de plata. Malcom miró la flor, como recordándola de pronto, y la tendió a la muchacha.

—Para usted —dijo—. No me han dado más por un dólar.

Ophelia parpadeó, mirando la flor. Miró de nuevo a Malcom, asintió, y tomó la flor.

—Subiré a mi cuarto a prendérmela —murmuró.

—¿Me permite acompañarla?

—¿A mi dormitorio?

—Me gustaría. Y al de su tía Leticia, si no le importa.

—¡Ah...! No, claro que no me importa.

Salieron de la salita, cruzaron el reluciente vestíbulo cuya más admirable decoración era un majestuoso y serio mayordomo, y ascendieron por la amplia escalinata hacia el piso destinado a dormitorios. Malcom subía en silencio, mirando a todos lados. Por cierto que no se había vestido de esmoquin, pero vestía con algo más de formalidad que de costumbre. Con todo, lo que le fastidiaba un poco era que, a su pesar, se sentía un tanto impresionado...

—¿Cuál dormitorio prefiere ver primero, señor Marsh?

—El que nos venga de paso antes.

—El de mi tía, entonces. Aquí es.

Se habían detenido ante una puerta con bonitas molduras, pintada de blanco. Ophelia la empujó y señaló el interior. Desde allí mismo, Malcom vio la cama, junto a ésta la mesita de noche, y, sobre ésta, el teléfono, entre otras cosas. Miró a Ophelia, que sonrió levemente.

—La puerta estaba entreabierta cuando yo pasé camino de mi dormitorio —dijo—. ¿Acaso no creyó usted lo que le dije?

—Son sólo comprobaciones rutinarias que tengo por costumbre hacer personalmente siempre que es posible. ¿Puedo echar un vistazo ahí dentro? No estropearé nada.

—Estoy segura de ello. Mire lo que quiera... Salvo algunos pocos detalles de orden, todo está como tía Letty lo dejó.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Como es lógico, ella no sabía que ya no iba a volver a su cuarto, de modo que había algunas cosas un poco desordenadas. Nada importante, pues tía Letty era muy estricta en todo. La criada y yo lo arreglamos todo, limpiamos un poco y cerramos el cuarto.

—¿No encontró usted nada... anormal, fuera de lo que podía esperar encontrar?

—No, nada.

Malcom Marsh titubeó un instante.

—Bueno —masculló—, podemos dejar esto para otra ocasión. ¿Tiene la fotografía de su tía?

—En mi dormitorio.

Ophelia continuó caminando por el pasillo elegantemente alfombrado. Todo era silencio y buen gusto. Malcom pensó que no era nada sorprendente que la muchacha hubiera oído la voz de su tía, si la puerta había estado entornada. Ophelia abrió la puerta de su habitación, que estaba enfrente a la de su tía, pero más allá siguiendo el pasillo. Malcom entró y sonrió al verlo todo lleno de banderines universitarios, fotografías de grupos de jóvenes, algún que otro trofeo deportivo, raquetas de tenis, unos esquís cruzados... Sí, Ophelia Reynolds debía haber estudiado mucho, pero no podía decirse que hubiese tenido una vida difícil.

La mirada del detective se posó en el teléfono que también Ophelia tenía sobre su mesita de noche.

—¿Es de línea independiente al resto de aparatos de la casa? —preguntó, señalándolo.

—No. Hay tres líneas telefónicas en la casa. Una, en el despacho de mi padre, que tía Letty comenzó a utilizar cuando él falleció. Otro, en la cocina, para las necesidades del servicio. Y otro que reparte sus líneas en el resto de la casa, este mío, como el de tía Letty, forman parte de esa línea, y naturalmente, están conectados unos con otros.

—¿No se le ocurrió a usted, tras arrepentirse de no haber seguido escuchando a su tía ante la puerta, que podía haber descolgado ese teléfono y seguir enterándose de lo que ocurría?

Ophelia vaciló, enrojeciendo, y Malcom alzó las cejas, sorprendido.

—Cuando se me ocurrió, ella ya... ya había colgado.

—Ah. Bien, tendremos que enterarnos de quién fue la persona que

llamó a su tía, pues.

—Pudo llamar ella, ¿no?

—No. Una conversación de esa clase se inicia mejor en el despacho que en el dormitorio. Si su tía hubiera llamado a alguien para conversar de algo que parece sumamente serio, se habría encerrado en el despacho. Pero no fue así. Ella estaba por su habitación haciendo algo intrascendente, y entonces sonó el teléfono. Ni siquiera se dio cuenta de que no había cerrado del todo la puerta... No, no llamó ella. La llamaron.

—¿Eso puede tener importancia?

—No lo sé. Pero es bueno saberlo. Su habitación es muy agradable, señorita Reynolds.

—¿La de usted no?

Malcom la miró amablemente.

—¿Quiere venir a verla después de que tomemos unas copas?

Ophelia sonrió ampliamente, y en sus mejillas aparecieron dos hoyuelos apenas marcados, como subrayando la infantil blancura de sus dientecitos perfectos.

—Le enseñaré la foto de tía Letty —dijo.

La sacó de un bolso que tenía preparado para salir. Malcom se quedó mirando aquel rostro femenino. Sí, alrededor de cincuenta años. ¿Bonita? Pues sí, bonita, aunque había en sus facciones, correctas y debidamente maquilladas para fotografía de salón, una cierta... rigidez, casi, dureza. Los ojos eran azules, pero no como los de Ophelia, claros y alegres, sino oscuros, densos... herméticos. Sí, herméticos. No expresaban ni reflejaban absolutamente nada. La boca era bonita, quizá un tanto delgada. Se teñía el cabello de un color rubio oscuro, que peinaba en abundantes ricitos cortos. En conjunto, y a primera vista, Leticia había sido una mujer atractiva... aunque el detective pensó que no pertenecía al grupo de las que él habría invitado a compartir su cama. ¿Por qué? Pues porque, joven o vieja, tuvo la impresión de que en ningún momento podía aparecer emoción alguna en los ojos de Leticia.

—Guárdela de nuevo en el bolso —la devolvió.

—¿Quiere decir que nos la llevamos?

—Sí. ¿Me permite telefonar?

—Claro.

Malcom llamó desde el teléfono de Ophelia. Esta pudo oír el sonido del timbre del otro aparato. Descolgaron.

—¿...?

—Hombre, Denis, jolín ya... —masculló Malcom—, ¿se puede saber dónde has estado todo el día?

—...

—¿*Todo* el día?

—...

—Hombre, sí, lo entiendo: cuando la ocasión se presenta... ¿Qué?

—¡...!

—Que ahora ella quiere casarse contigo... Te lo advertí, ¿no es cierto? ¡Y más de una vez!

—¿...?

—Hombre, esto tiene gracia: ¡eres tú el que lo pasa bien, y ahora tengo que ser yo quien te dé consejos! De eso nada. Te las arreglas como puedas. Bueno, escucha, me gustaría que mañana fueses a Lakefront Highway, exactamente al 664. Es una empresa dedicada a la venta y transporte de piezas de automóvil: recambios, accesorios, todo eso. Preguntas por la señorita Ophelia Reynolds, le dices que eres tú, que vas de mi parte, y ella te facilitará el acceso a una serie de cuentas y negocios que quiero que analices.

—¿...?

—Sólo quiero saber si hay algo anormal en esas cuentas, ventas, compras, transportes o lo que sea. Más claro: quiero saber si puede haber una fuga de dinero de la empresa por alguna parte.

—...

—Estupendo. Gracias, Denis. Llámame cuando sepas algo... ¿Qué dices?

—¡...!

—¡Que te aconseje tu abuela, hombre!

Y Malcom Marsh colgó el auricular. Cuando miró a Ophelia, ésta sonreía de nuevo. Malcom frunció el ceño.

—Parece que su amigo está en un apuro, señor Marsh.

—Por su propia culpa. Bueno, ya ha oído: Denis... Denis Seymour. Mañana irá a verla a la «R.C.S.» ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Nos vamos ya?

—Todavía hay otra cosa —movió la cabeza Malcom—. ¿Dónde está el coche con el que su tía tuvo el accidente? ¿En el taller?

—Señor Marsh, le dije que tía Letty quedó carbonizada... El coche quedó totalmente inservible, y fue llevado al desguace, o a una fundición...

—¿Pero no sabe a cuál?

—La verdad es que no. Imagino que de todo eso debió encargarse la patrulla de caminos, que enviarían una grúa, o algo así.

—¿Dónde tuvo su tía el accidente, exactamente?

—En la carretera 283, cerca de Painesville.

—¿Iba a Painesville?

—No lo sé.

—¿No sabe adónde iba, a qué iba, a quién iba a ver...?

—No tengo ni idea. Nadie la tiene, señor Marsh.

—¿La empresa no tiene ninguna oficina o algo así en Painesville?

—Claro que no. Tenemos delegaciones en varios sitios, pero todos ellos ciudades importantes. Comprenderá que estando la central de la «R.C.S.» en Cleveland no íbamos a poner una agencia subsidiaria a unas pocas millas en una localidad pequeña.

—¿A qué hora y cómo se produjo el accidente?

—Fue al anochecer, pero nadie lo vio. Un automovilista vio el coche accidentado, pero no cuándo ocurría, ni cómo. El coche estaba fuera de la carretera, volcado, ardiendo. Por las señales de los neumáticos, parece ser que la Patrulla opinó que tía Letty había perdido el control del coche momentáneamente, frenó con fuerza, el coche se salió de la carretera, volcó, y se incendió...

—¿Conducía mal su tía?

—¿Mal? No. Bueno, no sé... Supongo que era una conductora corriente. Pero usted no me ha dejado terminar, señor Marsh. La Patrulla dijo que podía haber ocurrido de este modo: un conductor desconocido llegaba en dirección contraria a la de tía Letty, y, posiblemente, se le echó encima; tía Letty hizo una maniobra desesperada para evitar el choque frontal, y fue entonces cuando perdió el control del coche; el otro conductor, naturalmente, vio el accidente, pero, considerando que la culpa había sido de él, prefirió marcharse de allí cuanto antes y no decir nada. Esto, según entiendo, ocurre a diario en nuestras carreteras.

—Desgraciadamente, así es; si no es a diario, sí con demasiada frecuencia. Y pudo ocurrir con su tía, claro está. Pero entonces, señorita Reynolds, ¿para qué me ha contratado? Si todo ocurrió como acabamos de teorizar..., ¿cómo se le ha ocurrido que pudo morir asesinada su tía?

—Aunque con más método y profundidad que yo, señor Marsh —murmuró Ophelia, mirándole fijamente—, usted ha llegado a pensar lo que yo pensé, pero no quise decírselo de momento.

—¿Qué he pensado yo que ya pensó usted... y que me ha dejado pensar por mí mismo? —sonrió Malcom.

—Que alguien pudo manipular el coche de mi tía para que ella se estrellase. ¿No ha pensado usted eso?

—Esas cosas suelen pasar en los telefilmes.

—¿Lo ha pensado o no?

—Sí —gruñó Malcom—. ¿Podemos echarle un vistazo al despacho?

Ophelia señaló la puerta de su dormitorio. Pocos segundos más tarde, entraban en el despacho que primero fuera de Robert Reynolds y que luego pasara a utilizar Leticia Martins, hermana de Susan Martins, la esposa de Robert Reynolds, madre de Ophelia. Todo estaba en orden allí. Era un despacho serio y sobrio, y, como todo en la casa, elegante, de buen gusto.

Sin decir palabra, Malcom fue a sentarse al confortable sillón giratorio

tras la mesa, puso las manos en ésta, y miró alrededor. A su izquierda tenía una gran ventana cuyos cortinajes estaban echados, pero que Malcom supo daba al pequeño jardín lateral de la casa, en la parte Este. Es decir, a donde salía el sol. Robert Reynolds había sido, pues, un hombre madrugador, en opinión muy personal del detective privado...

—¿Busca usted algo concreto? —preguntó Ophelia, todavía en el umbral.

—La caja fuerte. Debe haber una, ¿no?

—Desde luego. Pero ya la revisé yo personalmente, y no encontré en ella nada anormal.

Malcom estuvo a punto de decir que posiblemente la dulce y angelical Ophelia no estaba capacitada para decidir qué era normal y qué era anormal, pero también se calló esto. No tenía por qué precipitarse, por qué trabajar con prisas ni brusquedades... sobre todo en un caso en el que, posiblemente, al final resultase que Leticia Martins, simplemente, había perdido el control del coche, y que, al ir a velocidad excesiva, las consecuencias habían sido mortales.

El detective se apartó un poco de la mesa, y abrió el cajón central.

—¿Está todo como su tía lo dejó? —preguntó sin mirar a Ophelia.

—Todavía sí. Creo..., creo que yo también utilizaré este despacho, pero todavía no me he instalado en él. Todo está como tía Letty lo dejó, no he tocado nada.

—Pero sí el contenido de la caja fuerte.

—Señor Marsh, siempre he tenido acceso a la caja fuerte, desde que tenía dieciocho años. Guardo ahí cosas mías, igual que hacía tía Letty.

—En ese caso, no es probable que ella guardase ahí nada que no quisiese que usted viera, ¿no?

—No, no es probable. Como tampoco es probable que tía Letty tuviera nada que ocultarme a mí.

—A usted por usted misma, no, de acuerdo —la miró Malcom—, pero quizá ocultaba algo a otras personas. Mire, señorita Reynolds, yo no he venido aquí por mi gusto, sino contratado por usted, que dice que su tía pudo ser asesinada. ¿Nos tomamos la investigación sobre esa base, o no?

—Sí —enrojeció Ophelia.

—En ese caso, nosotros buscamos un asesino, ¿no es cierto? Y si realmente hay un asesino, hay una pregunta que no podemos dejar de hacernos: ¿por qué?

—Me parece que he sido un poco estúpida con usted.

—Sí —le sonrió Malcom—, en efecto. Pero de todos modos, le invito a tomar unas copas en el «Charlot». ¿Solía ir su tía con frecuencia allí?

—Que yo sepa, nunca.

—¿Pero salía con amigos a distraerse un poco en sitios parecidos?

—Algunas veces. Pero nunca mencionó el «Charlot»

—Lo que podría llevarnos a pensar que esa noche estuvo con alguien con quien no quería ser vista. O bien —frunció el ceño—, que la citó allí alguien que no quería ser visto con su tía.

—Supongo que pudo ser una de esas dos cosas.

—Tanto en un caso como en otro, podríamos deducir que la persona con la que su tía estuvo en el «Charlot» no pertenece a la empresa, a la «Reynolds Car Suplies», ¿no le parece? Sería una tontería que estuvieran todo el día viéndose en las oficinas de la empresa, y luego fueran ambos a un lugar donde eran desconocidos. En primer lugar, porque todo cuanto tuvieran que decirse podían hacerlo sin llamar la atención en las oficinas de la «R.C.S.»... Y en segundo lugar, porque ser vistos, solos, en un lugar no habitual en ellos, sí podía llamar la atención a alguien que, casualmente, hubiera ido también aquella noche al «Charlot». ¿Le parece correcta esta deducción?

—Dios mío, señor Marsh. ¡Me está usted abrumando! No... no pensé que... que una investigación pudiera ser tan... tan...

—¿Complicada?

—Sí.

—Y aburrida, ¿no es así? Pero, espero que entienda que si una persona *planeó* asesinar a su tía, debió tomar toda clase de precauciones y medidas de seguridad... para sí mismo, claro. Luego, hay otro detalle a tener en cuenta. Eso de «manipular» en un coche para provocar un accidente, se dice muy fácilmente, pero no es tan fácil hacerlo. Habría que ser un auténtico experto, se lo aseguro. Además, la persona en cuestión, debería tener acceso normal al coche que tenía que ser manipulado... Por ejemplo, el chófer de su tía. ¿Tenía su tía un chófer a su servicio?

—No... No.

—Claro que no. De otro modo, se habrían estrellado los dos. De modo que no hay chófer. Pero sí puede ser alguien de esta casa, a menos que su tía no saliese de aquí para ir a Painesville, sino del garaje de la empresa. ¿De dónde salió?

—De... del garaje de la empresa.

—Es decir, que terminó su trabajo, tomó su coche, y se fue hacia Painesville. Esta tarde me he permitido darme una vuelta por allá, y he visto que, naturalmente, tienen unos locales muy grandes para automóviles y almacenamiento de piezas junto al pequeño edificio administrativo. ¿Cuántas personas calcula usted que pueden entrar y salir del garaje de la empresa sin llamar la atención?

—Pu... pues no sé... Cu... cuarenta o... o cincuenta...

—Y considerando la índole de su trabajo, es decir, compraventa y transporte de piezas de recambio y accesorios de automóvil, se puede pensar, que la mayor parte de esas cuarenta o cincuenta personas,

conocen a fondo un coche, ¿no es cierto?

—Desde luego...

Malcom Marsh movió la cabeza, y se puso en pie.

—Si quiere dejarlo, todavía estamos a tiempo —murmuró.

—No... No quiero dejarlo, señor Marsh.

—En ese caso, tendrá usted que facilitarme unas cuantas llaves que le pediré, y libre acceso a todo cuanto usted lo tenga, a su vez, y, por supuesto, no discutir conmigo. Quizá le parezca muy exigente y hasta engreído, señorita Reynolds, pero no puedo evitarlo. Todos los genios somos así. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Otra cosa —Malcom miró alrededor una vez más—. No veo en el despacho ni en parte alguna fotografías de los padres de usted. Ni de usted misma, salvo en su cuarto. Ni en toda la casa. ¿Siempre ha sido así entre ustedes?

—No. Pero tía Letty pensó, hace tiempo, que la visión de mis padres sólo iba a servir para entristecernos a ella y a mí. Quería mucho a su hermana, señor Marsh... De todos modos, tenemos un saloncito donde están... todos los recuerdos. Los reunimos allí. ¿Quiere usted verlo?

—Sí.

El saloncito estaba junto al despacho. Ophelia empujó la puerta y entró, y encendió la luz. Malcom Marsh lanzó un vistazo circular desde el umbral. Luego, entró. Sí, allí había trofeos deportivos de cierta importancia, fotografías, títulos universitarios, menciones honoríficas a nombre de Susan Martins y Robert Reynolds... y fotografías en abundancia de éstos.

Malcom Marsh se quedó mirando la que mejor ofrecía las imágenes de ambos. La fotografía debía tener no menos de veinte años, los dos jóvenes sonreían alegremente, dichosos. Robert Reynolds había sido un hombre muy, muy atractivo, pero especialmente, de facciones enérgicas, viriles, impresionantes. Susan Martins había sido preciosa. Más que su hermana Leticia, pero sobre todo, con otra luz en los ojos, con otro gesto en las facciones... Un gesto dulce que había dejado como herencia a Ophelia, su hija.

Malcom se volvió a mirar a ésta.

—Su padre era impresionante... —murmuró—. Y su madre, muy bonita.

Ophelia no contestó. Malcom continuó mirando fotografías. Una de ellas mostraba a Robert y Susan abrazados, partiendo un pastel de bodas. Muy clásico. Los dos reían. Alrededor había otras personas; amigos, invitados, familiares... ¡Ah, allá estaba Leticia Martins, cerca de los novios! Los estaba mirando, mientras ellos, rientes y felices, partían el pastel. Malcom se acercó más a la fotografía. Sí, Leticia estaba mirando a su hermana Susan y a Robert Reynolds. No, sólo a su

hermana Susan, a la madre de Ophelia...

Malcom Marsh quedó como fascinado mirando aquella fotografía, hasta que, de pronto, reaccionó, y se volvió.

—Realmente —murmuró—, tener un sitio así puede ser reconfortante unas veces, pero triste, en general.

—Sí. Usted, como tía Letty, tiene razón. De todos modos, hace ya tiempo que me sobrepuse a la tristeza, y suelo venir aquí con alguna frecuencia. ¿Desea ver algo más de la casa?

—Por ahora, no.

—Pues usted dirá qué hacemos.

—Eso ya quedó decidido: tomar unas copas en el «Charlot».

CAPITULO III

El camarero movió negativamente la cabeza.

—No, no señor, lo siento... No.

—Estuvo aquí hace sólo una semana —insistió Malcom, acercándole más la fotografía.

El hombre siguió negando, aunque sin dejar de mirar la fotografía de Leticia Martins. Malcom hizo un gesto de resignación.

—¿Le gustaría ganarse cincuenta dólares? —ofreció.

—Naturalmente, señor, si no se trata de hacer nada inconveniente.

—No creo que lo sea. Sólo tiene que ir enseñando esta fotografía a sus compañeros de trabajo, diciéndoles que hace una semana esta dama estuvo aquí. Si alguno la recuerda, me gustaría hablar con él... o ella. Podría pagar bien determinada información.

—¿Es usted de la policía, señor?

Malcom sonrió divertido.

—¿Cuántas veces le ha ofrecido la policía cincuenta dólares por colaborar? —preguntó.

El camarero sonrió por primera vez, y tomó la fotografía.

—Veré lo que puedo hacer —dijo.

—Me llamo Malcom Marsh, y estaré esperando en esta mesa el tiempo que fuera necesario. Trabaje tranquilo. Lo haría yo, pero no quiero importunar al personal del club en horas de trabajo, y supongo que usted se las irá arreglando bien.

—Desde luego, señor. Ya le diré algo.

—Estupendo.

El camarero se retiró, guardándose la fotografía en un bolsillo de su blanca chaquetilla, doblada. Malcom echó otro vistazo alrededor. En una mesa cercana, un sujeto gordo, reluciente, lujoso, reía en compañía de tres lindas muchachas y otros dos sujetos de no menos lujosa apariencia. Pero las risotadas del gordo eran la nota dominante en aquella mesa. Y en todo el local, prácticamente. Había mucha más gente, pero su comportamiento era menos llamativo.

—Parece que es un lugar de éxito —comentó el detective.

—A mí no me gusta —dijo Ophelia.

Malcom comprendió en seguida. Sí, era un local de éxito, y eso se veía en seguida, pero le faltaba clase. Y esto era algo que una muchacha como Ophelia tenía que percibir en seguida. Y también tenía que haberse dado cuenta de una cosa así la fallecida Leticia Martins. Entonces, ¿por qué había ido al «Charlot»? La respuesta parecía que sólo podía ser una: precisamente porque era el local donde menos se podía pensar en encontrarla. Luego, otro detalle: si tenía que entrevistarse con alguien, ¿por qué un local público? ¿Por qué no en un sitio más discreto? Los había a cientos, desde un motel hasta

cualquier parador de cualquier carretera, y hasta en cualquier punto solitario de cualquier carretera...

—Ese gordo es horrible.

Malcom parpadeó.

—¿Qué?

—Ese hombre gordo. No comprendo cómo puede reír así.

—Bueno, él lo está pasando bien. Nos iremos en cuanto sepa algo sobre la fotografía. Sin embargo, si ese tipo le molesta tanto, puedo ir allá y decirle que o baja el tono de su risa o le parto la cara.

—¿Haría usted eso? —le miró Ophelia con risa en los ojos.

—Ya lo creo que sí.

—Podría suceder al revés, señor Marsh.

—No lo creo. Con Charlie se aprende muy bien.

—¿Charlie? ¿Quién es Charlie?

—Un amigo.

—Ah. ¿Y qué es lo que ha aprendido usted con Charlie?

—Karate.

—¡Oh!

Malcom la miró amablemente.

—¿Le gustaría conocer a Charlie? Vive conmigo, en mi apartamento. Es mi amigo, consejero, confidente... ¡Todo en una pieza!

—Creo que ya es la segunda vez que me invita a ver su apartamento, señor Marsh. Y no sé si eso me gusta.

—¿Por qué no? Le aseguro que no soy un sátiro ni un violador.

—No es eso lo que temo de usted.

—¿No? ¿Pues qué teme?

—Lo que estoy temiendo es que usted crea que puede conseguir lo que desee... precisamente sin tener que recurrir a la violación. En realidad, estoy pensando que es usted engreído y fatuo.

—Cielos... ¡Charlie se desmayaría si la oyera decir eso, señorita Reynolds!

—Como es natural, Charlie debe tener mejor concepto que yo de usted. Por algo es su amigo. Y dígame: ¿muy amigo?

Malcom frunció el ceño.

—Hasta aquí podíamos llegar —masculló—: ¿está usted pensando que soy homosexual?

—¿No lo es? —rió Ophelia.

—No. Ni siquiera bisexual. Pero no crea, a veces he pensado que sería divertido ser bisexual... ¿Usted qué opina?

—Es un tema que nunca me ha interesado demasiado. Yo comprendo perfectamente cualquier manifestación sexual, pero me limito a seguir mi... línea respecto a la mía.

—En eso coincidimos. Bueno, la invitaría a bailar, pero no me parece correcto, dadas las circunstancias.

—Es usted muy considerado.

—Esa es mi intención.

Mientras conversaba, Malcom iba siguiendo la trayectoria del camarero que les había servido. Había mostrado ya la fotografía de Leticia Martins a dos de sus compañeros, y ambos se habían negado con la cabeza. Muy bien. Pero alguien tenía que recordar allí a una dama como tía Letty. Por muy indiferente que fuese el servicio en el «Charlot», la gente tiene ojos y ve. Ve incluso sin *mirar*. Puede que las imágenes pasen al fondo de la subconsciencia, pero allá están, y tarde o temprano, rebrotan, sobre todo si se ha recibido un estímulo, como una fotografía, por ejemplo.

—¿Sabe lo que menos me gusta de este local?

El detective miró interesado a Ophelia.

—¿Qué?

—Su distintivo. Es de una vulgaridad espantosa.

Malcom miró el distintivo del local, que estaba sobre el pequeño escenario, donde una pequeña orquesta cumplía su musical cometido en el intermedio de las atracciones. El distintivo consistía en un sombrero hongo, un bastoncillo cruzado, y un gigantesco bigotillo, lo que parecía definir la personalidad de Charlie Chaplin, «Charlot».

—Cierto, es vulgar, pero expresivo. Caramba, y ahora que pienso, mi amigo se llama también Charlie, corno Charlot.

—Maravillosa coincidencia.

Malcom asintió. El camarero estaba ahora mostrando la fotografía a una de las dos chicas que deambulaban por el local con sus cajitas colgadas del cuello ofreciendo cigarrillos, chicles, cerillas... Otra vieja vulgaridad. Pero la chica no era vulgar. Tenía unas piernas sensacionales, y unos senos descomunales, pero evidentemente turgentes y graciosamente empolvados. Y además, era bonita.

—¿Sabe lo que observo? —preguntó Ophelia.

—¿Qué observa?

—Que hay en este club demasiadas chicas. ¿No le parece? Y no me refiero a la que estaba usted mirando.

Malcom parpadeó. Cierto, había demasiadas chicas allá. Lo que constituía otro punto sorprendente: ¿por qué había ido Leticia Martins a un lugar como aquél, donde había chicas busconas, por elegantes y discretas que fuesen? Por poco que pensara, el comportamiento de tía Letty le parecía cada vez más desconcertante... Y de pronto, Malcom Marsh recordó la fotografía en la que los padres de Ophelia partían el pastel, y Leticia miraba a su hermana Susan. Frunció el ceño. Muy bien, ¿por qué había recordado *aquella* fotografía?

Las risas del gordo le volvieron a la realidad. Lo miró con disgusto. Acto seguido, se dio cuenta de que Ophelia le estaba observando entre perpleja e interesada. Malcom reaccionó.

—Ah, sí, sí —dijo—: hay demasiadas chicas por aquí.

La pequeña orquesta dejó de tocar, y se retiró. Al poco aparecieron un par de jóvenes melencuados que a Malcom le cayeron de lo más simpático apenas verlos. Y acertó: no sólo tocaban bien la guitarra y cantaban estupendamente, sino que, además, intercalaban chistes de lo más gracioso... Incluso Ophelia estaba riendo.

El camarero no se veía ahora por parte alguna.

La pareja de melencuados terminó su actuación, y se retiraron cosechando merecidos aplausos. Las luces del local se apagaron, excepto las de las mesitas. Salió un grupo de chicas guapísimas al escenario, a bailar. Prácticamente, estaban desnudas...

—De todas maneras —se inclinó un poco Ophelia hacia él—, las atracciones no están mal.

—Desde luego que no.

Después de las chicas casi desnudas, apareció un grupo de locos que comenzaron a aporrear instrumentos y a vociferar. Bueno, no todo puede ser bueno. Mas, pese a los berridos del grupo y al tremendo escándalo de la batería, de cuando en cuando todavía se oía la risa del gordo. A la escasa luz, Malcom veía relucir su rostro, debido a la transpiración.

«Apuesto a que come como un cerdo», pensó.

De pronto, vio aparecer al camarero, y dirigirse directo hacia su mesa. El hombre llegó, se inclinó y dijo algo, devolviendo la fotografía. Malcom Marsh no entendió las palabras, pero supo que no había habido suerte. Le pareció absurdo. Miró interrogante al camarero, que movió negativamente la cabeza y lo miró expectante. Malcom comprendió, y le entregó sus cincuenta dólares. Le pareció, por el movimiento de los labios, que el hombre musitaba un «lo siento, señor». Al diablo. ¿Cómo era posible que nadie recordase haber visto a Leticia Martins? Sólo hacía una semana que había estado allí, con un hombre, probablemente. Sí, para amenazarla tenía que haber sido un hombre...

¿O no?

Notó el contacto en el brazo, y miró a Ophelia, que le miraba con expresión harto elocuente: ¿nos vamos?, decía con los hermosos ojos. Malcom movió negativamente la cabeza, y ella pareció sorprenderse: ¿qué hacían allí, si no podían conseguir nada? Malcom le hizo un gesto de espera.

El grupo de chiflados abandonó el escenario, acompañados de tibios aplausos. Las luces se encendieron. El turno correspondió ahora a una muchacha encantadora y un muchacho no menos encantador, que se pusieron a cantar viejas canciones de amor. Un camarero apareció junto a la mesa, con un teléfono en las manos, lo conectó a la clavija que había en una pata, y colocó el aparato ante Malcom, que lo miró

inquisitivo.

—Una llamada para usted, señor.

No era el camarero de antes, desde luego.

—¿Para mí? ¿Cómo lo sabe?

—Usted está en la mesa diecinueve, señor —sonrió el hombre—, y le acompaña una señorita muy guapa.

—Ah... —Malcom tomó el teléfono—. ¿Sí?

—¿...?

Ophelia vio cómo el detective se erguía imperceptiblemente.

—Sí, en efecto, soy yo. ¿Quién es usted?

—...

—Lo entiendo. ¿Cuánto?

—...

—Caramba... ¿No se está usted pasando?

—...

—Podemos hablar. Dígame dónde y cuándo.

—...

—¿No es una hora un tanto... inadecuada?

—...

—Está bien. No, ya le digo que ningún problema.

Colgó. Ophelia le miraba muy interesada, pero Malcom hizo una seña al camarero que había traído el teléfono y que se había retirado discretamente. El detective le dijo que podía llevarse el aparato, y le dio una propina.

—Facilíteme una pequeña información —pidió, acto seguido—: ¿quién es el sujeto gordo que ríe tanto?

—Lo ignoro, señor. Sólo sé que es un cliente asiduo del club. Un buen cliente, quiero decir.

Malcom asintió. Se puso en pie, Ophelia hizo lo mismo, y ambos se dirigieron hacia la salida. Pero de pronto, justo cuando la pareja de jóvenes románticos terminaban una canción, Malcom desvió su marcha hacia la mesa del gordo y sus amigos. Se inclinó sobre éste y aulló, junto a una de sus orejas:

—¡Buenas noches, señor! ¡Que siga usted divirtiéndose tantísimo! ¡Adiós, señor!

El hombre, que se había sobresaltado, le miraba ahora con los ojos muy abiertos. En el relativo silencio que se había hecho en el local al terminar la canción de los dos jóvenes, las palabras de Malcom Marsh habían sonado como trallazos.

—¿Qué le pasa a usted? —farfulló el gordo—. ¿Por qué grita tanto?

—¿No es usted sordo? —aulló de nuevo Malcom.

—¡Claro que no!

—¡Pues perdone! ¡Pero cómo está gritando tanto, y sólo los sordos gritan así, creí que era sordo! ¡Buenas noches, señor, que se divierta

usted mucho, señor! ¡Adiós, señor!

Ophelia estaba aterrada cuando Malcom la tomó de un brazo para encaminarse hacia la salida. Pero, cuando estuvieron en la calle, la muchacha no pudo evitar una carcajada. Malcom la miró sonriente.

—Conozco un sitio tranquilo donde podemos tomar un trago mejor que los de ahí dentro —dijo.

—No me lo diga —exclamó Ophelia—. ¿Su apartamento?

—Pues sí... ¿Cómo lo ha adivinado?

—Señor Marsh —dijo Ophelia, reanudando la marcha hacia donde el detective había estacionado su coche—, quiero saber qué ha hablado usted por teléfono y con quién.

—He hablado con una persona que dice que recuerda perfectamente a su tía, y que me lo dirá en determinada dirección, a las dos y media de la madrugada, si le llevo cinco mil dólares.

—¡Cinco mil dólares! —respingó Ophelia.

Malcom no contestó, de momento. Llegaron al coche, abrió la portezuela a Ophelia, y luego él pasó a sentarse ante el volante. Encendió dos cigarrillos y ofreció uno a la muchacha.

—Si le parece caro, no acudo a esa cita —murmuró.

—Bueno... ¡Es mucho dinero!

—Sí —admitió el detective—. Y le diré algo al respecto: si usted está pensando que la estoy engañando para embolsarme esa cantidad, o una parte de ella, dígamelo, y con gusto la llevaré a su casa y le enviaré cualquier día de éstos mi minuta por un día de trabajo.

—No tiene por qué ser tan orgulloso... sobre todo, teniendo en cuenta que no se me ha ocurrido pensar eso de usted.

—Eso está mejor. ¿Quiere pagar o no?

—Pero... ¿por qué pide tanto dinero esa persona por una simple entrevista, por unas palabras...?

—Hay palabras de oro, señorita Reynolds. ¿Pagamos?

—Está bien.

—En ese caso, sólo nos queda ir a buscar el dinero y esperar a las dos y media de la madrugada. Las dos cosas podemos hacerlas en muchos sitios: en el coche, paseando, yendo a otro club, en mi apartamento, en su casa... Pero me pareció que le gustaría conocer a Charlie.

* * *

—Él es Charlie... —señaló Malcom Marsh—. Charlie, amigo del alma, te presento a la señorita Reynolds, de la que ya te hablé esta tarde, cuando vine a cambiarme de ropa. Estoy seguro de que la recuerdas. Charlie no reaccionó en modo alguno. En cambio, Ophelia estaba estupefacta.

Era un muñeco. Estaba sentado en uno de los sillones de la sala de estar, vestido con ropas deportivas, una pierna cruzada sobre la otra...

pero era un muñeco. Un muñeco de tamaño natural de adulto, con su cara de fuerte cuero sin boca ni nariz, pero con dos grandes y simpáticos ojos pintados en su lugar correspondiente. Un muñeco hecho con tejido fuerte y cuero.

—¿Realmente le parece un muñeco? —preguntó Malcom.

—¿Qué estúpida broma es ésta? —se enojó Ophelia.

—No es ninguna broma. Puede que Charlie sea un muñeco, pero eso no priva de que sea mi mejor amigo... ¿No es cierto, Charlie?

—¡Usted dijo que él le había enseñado karate!

—Y es cierto. Verá lo que ocurrió. Hace unos meses vi un anuncio en una revista, eh la que se ofrecían a enseñarle a uno karate por unos cuantos dólares. En las lecciones, decían, iba incluido un muñeco de tamaño natural. Eso me hizo gracia... ¿Sabe a qué estaba destinado el muñeco?

—No... ¿A qué?

—Pues a recibir todos los golpes que explicaba el manual de karate. El manual decía: ponga la mano así o asá, y golpee a su adversario en tal o cual punto, tal como se explica en el folleto. ¡En poco tiempo habrá usted aprendido a golpear los puntos vitales, será un auténtico maestro del karate! Y claro, mi adversario era Charlie. Así que me dije: ¿tengo que golpear a este pobre muñeco? ¡Pues no me da la gana! Así que le quité las burdas ropas que llevaba, le compré este conjunto deportivo y le dije: Charlie, muchacho, acaba de nacer una eterna amistad. Por tres razones. Una: yo ya sé karate, y sólo quería saber qué tonterías decían los que ofrecían enseñarlo por correspondencia... ¡Qué idiotez, por correspondencia el karate! Dos: me caes muy bien, Charlie. Tres: así tendré un amigo fiel con quien cambiar impresiones y a quien hacerle mis confidencias. Ahora mismo, Charlie, amigo mío, te pregunto: ¿estoy yo loco por tenerte en casa? ¿Estoy más loco que una señora que le hable a su perro, o una niña que converse con su muñeca? ¿Tú qué opinas, Charlie?

Ophelia se dejó caer en un sillón y rompió a reír. Malcom sonrió, y desapareció camino de la cocina, de la que regresó con un par de latas de cerveza, que Ophelia miró sorprendida.

—¿Cerveza ahora? —exclamó.

—Una vez leí que Paul Newman decía que conservaba la línea debido a que se bebía varias botellas de cerveza diariamente. Esa es una de las razones. La otra es que ya hemos bebido suficiente alcohol fuerte, y que la cerveza nos mantendrá despejados y con el estómago fresco. De todos modos, si prefiere whisky o ginebra o...

—¡Tomaré cerveza! —rió de nuevo Ophelia.

Malcom abrió una de las latas, y se la tendió. Abrió la otra, bebió un trago y se quedó mirando a Ophelia con expresión de lo más satisfecha.

—Esto es otra cosa... Bueno, ¿qué le parece Charlie?

—Es elegante, simpático... ¡y muy discreto!

—¿Te das cuenta, Charlie? ¡La señorita sí sabe apreciar la clase allá donde la ve! Te lo dije: hombre, un buen tipo como tú no está hecho para recibir tortazos, sino para tener muchos y buenos amigos. ¿Discreto? Más que nadie. Y además, sabe escuchar de maravilla. Y con su elocuente silencio, provoca nuevas ideas en su interlocutor. Por ejemplo, ya verá cómo conversando con Charlie se me ocurren muchas cosas. Vamos a ver, Charlie: ¿por qué crees tú que el camarero de los cincuenta dólares ha dicho que nadie recordaba a tía Leticia? ¿Por qué crees tú que me han citado a una hora tan bestia como las dos y media de la mañana cuando sólo son las... once menos cuarto? ¿Por qué dirías tú, amado, inefable Charlie, que esa persona se ha atrevido a pedir cinco mil dólares por una información que no parece en absoluto importante? ¿Qué dices a esto, Charlie?

Ophelia iba mirando de uno a otro, y por fin se quedó mirando fijamente al detective, que, frunciendo el ceño, parecía hundir su mirada en los ojos pintados del muñeco. Era una mirada ausente, reflexiva. Ophelia bebió otro traguito de cerveza, y luego preguntó:

—Bueno, ¿qué dice Charlie?

Malcom desvió la mirada hacia ella.

—Pues Charlie dice que la persona en cuestión está asustada, y que por eso no admitió en el «Charlot» haberse fijado en tía Leticia. Charlie dice que esa persona está comprendiendo... o quizá ya había comprendido, que algo grave sucedió, puede suceder, o está sucediendo ya. Y por eso negó cualquier informe en el club. Charlie dice que esa persona es empleada del club, y que después de negar la fotografía, salió del club, o utilizó un teléfono de éste con diferente línea, para llamarme a mí al local, a la mesa diecinueve, que esa persona conoce bien, y citarme a las dos y media porque esa es la hora en que esa persona debe llegar a su domicilio después de terminar el trabajo en el «Charlot». Charlie dice que esa persona pide cinco mil dólares para tener dinero para poder largarse bien lejos de Cleveland, pues está asustada y se ve venir malos momentos considerando que alguien está investigando. Charlie dice que esa persona me dirá lo que sabe, tomará el dinero y desaparecerá de escena. ¿Verdad, Charlie?

Ophelia parpadeó.

—Parece que Charlie sabe pensar mucho y bien, señor Marsh.

—Si no fuese un muchacho inteligente, no sería mi amigo.

—Me parece, señor Marsh, que no tiene usted muchos amigos.

—Así es. Tengo pocos, pero buenos. Selecciono muy bien. Y ya que hablamos de amigos... Oye, Charlie, ¿qué te parece si llamamos a Neil? ¿Sí? De acuerdo, compañero.

Malcom se dirigió al teléfono e hizo la llamada.

—¿...?

—Hombre, vía directa. ¿Qué tal, Neil?

—¡...!

—No, no te llamo para contarte más chistes malos. Quiero que me digas adónde fue a parar el coche que se estrelló hace siete días en la 283, entre Cleveland y Painesville, y cuyo ocupante, una dama llamada Leticia Martins, pereció carbonizada.

—¡...!

—Pues si no lo sabes, te enteras. Puedes llamar a la Patrulla de Caminos.

—¿...?

—Pues no llamo yo porque a ti te será más fácil y menos comprometido obtener ese informe.

—¡...!

—Desde luego, soy un caradura. Pero tú eres mi amigo... ¿O no, Neil?

—...

—Entonces, búscame esos datos. Y antes de las nueve de la mañana.

—¡...!

—Pues no duermas. Ah, Neil: ¡saludos de Charlie!

Colgó, vio la lata de cerveza, sonrió, y la terminó de un muy satisfecho trago. Ophelia no le perdía de vista, como fascinada.

—Bueno, bueno, bueno... —se frotó las manos Malcom—. ¿Qué se le ocurre que podemos hacer los dos hasta la hora de ir en busca de nuestro informante, señorita Ophelia?

—No sé. ¿Qué se le ocurre a usted, señor Marsh?

—Podríamos jugar al ajedrez.

Ophelia quedó pasmada una vez más. E incrédula. No podía admitirlo, eso era todo. Pero tuvo que admitirlo, y entonces soltó otra carcajada.

—¡De acuerdo! —exclamó—. ¡Pero nada de que Charlie le sople las jugadas!

—Prometido. Tú calladito, ¿eh, Charlie?

CAPITULO IV

Malcom Marsh llevaba uno de los mayores disgustos de su vida: Ophelia, la dulce y angelical Ophelia, le había ganado *dos* partidas jugando al ajedrez. ¿Qué cuántas partidas habían jugado? Pues dos.

—No se lo tome así —le miró ella, sonriente—. No hay nadie en el mundo que sea siempre el mejor en todo y en todo momento. Y además, recuerde que Charlie no le ayudó.

Sentado ante el volante de su coche, Malcom dirigió una torva mirada de soslayo a la muchacha, que viajaba a su lado. Soltó un gruñido, y eso fue todo. En realidad, lo que no le gustaba a Malcom Marsh era que ella se hubiese empeñado en acompañarle a ver a la persona que pedía cinco mil dólares por unas palabras. Le había sugerido que se fuese a su casa o que se quedase allí esperándole, pero Ophelia se había negado con una firmeza admirable.

¿Por qué? Malcom no estaba muy seguro al respecto, pero su impresión era la de que Ophelia empezaba a encontrarle gusto a eso de las investigaciones. Claro que también podía ser, ¿por qué no, vamos a ver? que a lo que Ophelia empezaba a encontrarle gusto fuese a su compañía... Y eso ya no estaba tan mal, no señor.

Con estos últimos pensamientos, Malcom Marsh se encontraba de bastante mejor humor cuando llegaron al lugar de la cita. Frenó, paró el motor, apagó las luces y, a las de la calle, miró su reloj de pulsera: las dos y veinte.

A su lado, Ophelia estaba encendiendo un cigarrillo... No, dos. Y le tendió uno, sonriendo.

—¿Se le ha pasado el berrinche? —se interesó.

—Un poco, porque estaba pensando que a lo mejor usted insiste tanto en acompañarme porque está bien conmigo.

—Señor Marsh, es usted un detective realmente perspicaz. ¡No sabe cuantísimo me alegro de haberle contratado!

—¿Me está recordando que soy un... empleado suyo, señorita Marsh?

—Cielos... ¡Además de perspicaz, es usted suspicaz! Pues no, no le estaba recordando eso. Simplemente, le estaba diciendo que tiene usted razón: me encuentro bien en su compañía... y en la de Charlie, naturalmente.

—Pero... ¿cuál de los dos le gusta más? ¿Charlie o yo?

—¡Usted, naturalmente!

—En ese caso, podríamos besarnos.

Ophelia volvió la cabeza, se quedó mirándole y sonrió levemente. Malcom Marsh parpadeó. Pasó el brazo derecho por la nuca de Ophelia, la atrajo y la besó en los labios. Todo lo que hizo ella fue adelantarlos un poco, para que él pudiera tomarlos mejor. Cuando el detective decidió dejar de disfrutar de aquella tierna boquita y se

apartó, Ophelia se limitó a suspirar. Por su parte, Malcom sentía como si dentro de su cuerpo estuviese en plena marcha una erupción volcánica con la sangre como lava hirviente.

Pero, sobreponiéndose a la delicia que lo aturdió, preguntó:

—¿Qué? ¿Te ha gustado?

—La verdad es que sí. Pero ha sido un beso infantil.

—Ophelia: ¡no me provoques!

—Yo no te he provocado en absoluto. Has sido tú quien no ha dejado de mirarme toda la noche de modo... descarado.

—¿Cómo, descarado? —protestó Malcom.

—¡Descarado! Supongo que creías que eras muy discreto, que no me daba cuenta, pero yo me daba cuenta. Has aprovechado todas las ocasiones para mirarme las piernas, o el escote, o la garganta, o la boca... ¡Y me has estado poniendo nerviosa! De modo que si alguien ha estado provocando a alguien esta noche, has sido tú a mí. Espero que esto quede bien claro. Además, ¿quién ha propuesto que nos besáramos?

Malcom Marsh consiguió salir de su pasmo.

—Yo —admitió.

—Pues al menos podrías haberlo hecho mejor.

El gesto de Malcom fue claramente de lanzarse de nuevo al ataque, pero Ophelia, le frenó, poniéndole una manita en el pecho.

—Será mejor que no te distraigas —dijo, entre risas—: tu informante puede llegar de un momento a otro. Y todavía no me has dicho quién es, ni siquiera si es hombre o mujer. Lo digo porque si sé a quién esperamos, yo podría verlo si tú, te duermes.

—Eso no es fácil, contigo al lado. Pero es una mujer.

—¡Vaya...! No me sorprendería nada que fuese una de las dos chicas de desarrollados senos que vendían cerillas y otras chucherías.

—¡Hombre, pues no estaría mal! —exclamó Malcom.

Miró de nuevo su reloj.

Cuando volvió a mirarlo, ya visiblemente impaciente, eran las tres menos veinte. En los diez minutos siguientes lo miró no menos de quince veces más. Por fin, murmuró:

—Se está retrasando.

—Eso es propio de una mujer.

Malcom movió negativamente la cabeza.

—No... De esta, no. Si me citó a las dos y media es porque sabe que llega siempre a esa hora. ¿Por qué iba a retrasarse precisamente hoy que iba a cobrar cinco mil dólares? Y te diré más: si me ha citado a esta hora es porque en cuanto tenga el dinero piensa largarse de Cleveland, de modo que para cuando puedan comenzar a interesarse por ella, lleve ya muchas horas de ventaja.

—Pero... ¿qué puede saber esa mujer?

Malcom no contestó. Volvió a mirar su reloj. A las tres menos cinco, masculló:

—Sería una estupidez que ella hubiese llegado antes de las dos y media y nos estuviese esperando en su apartamento. Sí, eso tiene más sentido que el retraso.

—¿Sabes cuál es su apartamento?

—No. Y tampoco su nombre. Pero quizá echando una mirada a los buzones de la correspondencia, saquemos algo en claro, si encontramos el nombre de una mujer sola.

—El portal estará cerrado.

—Eso no es problema. Tú quédate aquí. Y no discutas. Todo lo que tienes que hacer es tocar el claxon *después* de que ella haya entrado en el portal si lo hace más tarde que yo.

—Ah... Sí, está bien.

—Pero no te pongas a tocar el claxon como si fueses el gordo del «Charlot», a todo estrépito: Sólo un toque.

Ophelia asintió. Malcom abrió la guantera, y sacó de allí un alargado estuche de piel dentro del cual llevaba todo un juego de ganzúas. Tomó también una linterna, se apeó, y fue hacia el portal del edificio. Estaba cerrado, en efecto. Fue cosa de juego abrirlo. Entró, encendió la linterna y buscó los buzones. Desde luego, el lugar no era precisamente para millonarios. Incluso olía un poco mal.

Encontró los buzones y, suerte de suertes, sólo en uno de ellos había la inscripción de una mujer que viviera sola: Norah Pearl, apartamento 2B. No había ascensor, y Malcom subió silenciosamente a pie, sin encender la luz, que, se suponía, debía funcionar optativamente, a fin de no tenerla encendida toda la noche. El ahorro es cosa muy seria e importante.

Apartamento 2B. Apagó la linterna y aplicó el oído a la puerta. No se oía nada, ni había visto luz bajo la puerta. Lo cual debía significar que la tal Norah Pearl aún no había llegado, lo cual, a su vez, no gustó en absoluto a Malcom Marsh.

Todavía fue más fácil abrir la puerta del apartamento 2B que la del portal. Entró silenciosamente, cerró tras él siempre sin hacer el menor ruido... y se encendió la luz del apartamento. Malcom respingó. Luego, se quedó sin habla, tras ver un hombre a su derecha y otro a su izquierda, ambos apuntándole con una pistola provista de silenciador. Se quedó como petrificado, con el gesto de recoger las ganzúas en el estuche de piel.

—Mira a ver si lleva armas —murmuró el sujeto de la derecha—. Y usted, suba los brazos de modo que se toquen las palmas de las manos. Malcom obedeció. El sujeto de la izquierda se acercó y lo cacheó expertamente.

—No lleva nada. Podemos llevarlo tranquilamente de paseo.

Malcom Marsh palideció.

—Oigan, oigan, un momento... ¿Qué... qué están pensando?

—¿Qué podemos pensar viéndole a usted aquí?

—Bueno, es cierto, soy un ladrón, pero eso no es...

—No sea estúpido. Usted es el sujeto que estuvo antes en el «Charlot» haciendo circular una fotografía, y su nombre, según nos pareció entender, es Malcom Marsh. A ver si lleva documentos, Tom.

—Sí lleva... —Tom retiró la billetera del bolsillo interior donde antes la había palpado, y la abrió—. Sí, Malcom Marsh... ¡detective privado! ¡Es un fisgón, Joey!

Se quedaron mirándole los dos fijamente, a Malcom le pareció que un tanto inquietos.

—¿Para quién está trabajando usted? —preguntó Joey.

—Para nadie.

—Una chica le acompañaba cuando estuvo en el «Charlot». ¿Quién es ella?

Malcom Marsh estaba pensando a toda prisa, con desesperación. ¿Qué podía hacer? Si se ponía a gritar, cosa que no entraba en su línea de conducta, como el gordo del club, podía despertar a los vecinos, pero lo encontrarían ya muerto. Si atacaba, recibiría por lo menos un balazo, tras lo cual, su suerte estaría echada...

—¿Quién era la chica? —insistió ahora Tom.

—Supongo... supongo que una de las putitas que tanto abundan por allí. La encontré en la calle y me pareció que llamaría menos la atención si entraba con ella, así que... la invité a un trago.

Los dos hombres seguían estudiándole atentamente.

—¿Qué le dijo a usted Norah por teléfono?

—¿Por teléfono?

—Escuche, Marsh, no queremos estar haciendo el tonto, de modo que tampoco se lo haga usted. No puede ser tonto del todo si es detective privado. ¿Qué le dijo Norah por teléfono?

—Bueno, me... me dijo que podía darme alguna información interesante sobre la fotografía si yo venía aquí con cinco mil dólares. Quedamos en vernos a las dos y media.

—¿Cinco mil dólares? —exclamó Tom.

Y de pronto recordó los papeles que había palpado por encima del pantalón de Malcom, en el bolsillo izquierdo. Metió la mano en el bolsillo y sacó el fajo de billetes, que se quedó mirando alegremente.

—Esto sí que está bien —sonrió Joey—. Guárdalos, Tom. Y usted, Marsh, conteste: ¿qué más le dijo Norah?

—Nada más. Pueden preguntarle a ella cuando llegue.

—No llegará... si ya no ha llegado.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que nuestro amigo Leroy debe haber hecho su parte al

salir Norah del «Charlot».

—¿La han matado?

—Digamos que debe haber sufrido un accidente.

—¿De coche? ¿La han... atropellado?

—Es usted muy listo, ¿verdad? Como esa estúpida de Norah... Muy bien, Marsh: ¡media vuelta!

—¿Qué han venido a buscar aquí? —murmuró Malcom—. ¿Algo que Norah podría tener... o sólo a mí?

—Norah no podía tener nada. Y en previsión precisamente a que ella hubiese sido tan lista de no querer que la viesen con usted al salir del club, vinimos aquí. Y usted también, ¿se da cuenta? Bien, menos charla y salgamos de aquí... Gracias por la linterna.

Joey abrió la puerta y salió al descansillo. Tom señaló hacia allí con la barbilla, diciendo:

—Si hace el tonto, lo matamos aquí mismo, Marsh.

Malcom salió del apartamento. Joey bajaba por delante, con la linterna encendida. Al resplandor de ésta, bajaban Marsh y Tom, éste en último lugar.

Pese a lo apurado de la situación, Malcom iba encajando las piezas del sencillo rompecabezas: alguien había escuchado a Norah Pearl cuando habló con él por teléfono, lo que significaba que lo había hecho dentro del club. Y en lugar de eliminarla entonces, habían esperado a que saliera, para que el tal Leroy se encargase de ella, mientras tanto, y puesto que él se había marchado de allí casi en seguida de recibir la llamada, no habían podido salirle al paso, no habían tenido tiempo... pero habían enviado a Tom y Joey a esperarle. Y hasta sabían su nombre, claro, lo que significaba que de no haberlo cazado aquella noche, lo habrían buscado al día siguiente.

Todo esto implicaba la existencia de una organización, de algo bien preparado, de alguien que dirigía y de otros que obedecían... Fuere lo que fuese, estaba bien organizado. Incluso era posible que con el tal Leroy hubiese habido más hombres frente al «Charlot», cuando Norah salió, por si la cita era allí mismo eliminarlos a todos a la vez... Es decir, que habían movilizado a Leroy, Tom. Joey, quizá un par más de sujetos. ¿Qué habría tras la muerte de tía Leticia?

Llegaron al alargado vestíbulo, y Joey apagó la linterna, pues era suficiente la iluminación de la calle para controlar a un hombre que sabían desarmado. La puerta todavía estaba abierta. Joey tiró de ella, y salió, de espaldas, sin perder de vista a Malcom.

—Venga, salga —le hizo señas.

Malcom Marsh estaba aterrado, pensando en la reacción de Ophelia. ¿Qué iba a hacer la dulce y angelical Ophelia cuando viese lo que sucedía? Le supuso la suficiente inteligencia y prudencia para no hacer nada, y con esta esperanza, salió del portal, con Tom casi pisándole

los talones, y los tres caminaron precisamente hacia donde estaba estacionado el coche del detective, con Ophelia en su interior.

«Que no se mueva, que no haga nada... —pensaba con desespero Malcom, como queriendo enviar un mensaje telepático—. ¡Como si no estuviera ahí!»

Pero sus deseos no se cumplieron.

De pronto, se encendieron las luces del coche, en rápida sucesión, posición, cortas, largas... y el claxon del vehículo comenzó a sonar son un estrépito sólo concebible a las tres de la madrugada destrozando el denso silencio de aquella hora.

No se habría podido decir cuál de los tres hombres se sobresaltó más ante tan inesperados acontecimientos... pero sí se pudo decir cuál de los tres reaccionó antes y con más eficacia: Malcom Marsh giró, agarró a Tom por la muñeca derecha, desviando la mano por si el gatillo de la pistola era presionado, y al mismo tiempo, girando y haciendo girar a Tom como si se tratase de un peso que quisiera lanzar bien lejos. Girando velozmente los dos, Malcom soltó de pronto a Tom, que gritando, salió disparado hacia la fachada del edificio, contra la que se estrelló con tal fuerza que pareció que fuese a atravesarla, pero no fue así, ciertamente, sino que Tom rebotó, cayó de espaldas dejando escapar la pistola de entre sus dedos...

El claxon había dejado de sonar, pero las luces seguían encendidas. Malcom vio a Joey recortado en ellas, mientras él las recibía de lleno. Pero, pese a estar deslumbrado, saltó hacia el pistolero, cabeza por delante. Oyó por encima de él el «plop» del disparo justo cuando golpeaba con la cabeza el bajo vientre de Joey, que lanzó un alarido y saltó hacia atrás, cayendo de espaldas, mientras Malcom caía de rodillas y manos.

Vio a Joey reaccionando, comenzando a incorporarse, y rodó hacia su derecha, metiéndose entre dos coches.

—¡Disparad! —gritó—. ¡Disparadle, que no escape!

Oyó el grito de Joey y se echó más hacia atrás, en busca de la calzada. Joey pasó corriendo por la acera, lo vio entre los dos coches, por fortuna corriendo en dirección opuesta al coche de Malcom, cuyos gritos habían hecho suponer al pistolero que dentro del coche había más de un enemigo. Uno y otro se vieron fugazmente entre los dos coches, y mientras el pistolero disparaba, el detective llegaba a la calzada y se encogía tras una de las ruedas del vehículo de aquel lado. La bala rebotó en la calzada, emitiendo un vibrante tañido que se perdió en seguida. Malcom oía las pisadas de Joey corriendo a toda velocidad, alejándose, y lanzó una imprecación. Corrió a la acera, buscó y encontró la pistola de Tom, y arrodillado, apuntó a las piernas de Joey.

Plop, plop, plop...

Joey se tambaleó, cayó de rodillas, rodó hacia adelante, se puso de nuevo en pie... y continuó corriendo, desapareciendo por la esquina. Malcom vaciló entre continuar la persecución o no, pero desistió de ello: quizá había otro hombre esperando a Tom y Joey en un coche, y eso complicaría las cosas. Además, tenía suficiente con Tom para hacerle hablar... Y en toda la calle se habían encendido ya luces en muchas ventanas, y se oían voces y gritos... ¡Alguien iba a llamar, o estaba llamando ya, a la policía!

Malcom agarró a Tom por el cuello de la chaqueta, y lo arrastró hacia su coche. Llegó allá, abrió la portezuela de atrás, metió dentro a Tom como pudo y entró él. Sentada ahora ante el volante, Ophelia se había vuelto, y le miraba con expresión desorbitada, desencajado el rostro.

—¡Arranca! —jadeó Malcom—. ¡Vámonos de aquí, pronto! ¡Ophelia, tenemos que irnos!

El coche partió, tras la maniobra para salir de entre los dos donde había estado estacionado. Malcom se dio cuenta de que tenía la frente llena de sudor. Se pasó por ella una manga de la chaqueta y comenzó a quitarse la corbata, para atar las manos de Tom.

Pero de pronto se detuvo y se quedó mirándolo.

Tom había quedado sentado, un poco como retorcido, desarticulado, y tenía los ojos abiertos. Su nariz se había roto, aplastada contra la pared debido al tremendo impacto, y la sangre fluía como un denso chorro, manchando sus ropas, su boca, su barbilla... Malcom Marsh puso dos dedos en una carótida del pistolero.

Estaba muerto.

El impacto de frente contra la pared había forzado de tal modo su cabeza hacia atrás que se había roto la nuca. Sí, seguramente era eso.

—¡Ahora sí que la hemos liado! —jadeó Malcom.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó Ophelia.

—Sigue conduciendo. Vamos a mi casa... ¡No, a mi apartamento, no!

—¿A... a... adónde en... entonces...?

Tampoco podían ir a la casa de Ophelia, reflexionó Malcom. Quienquiera que estuviese dirigiendo aquello podía haber sacado conclusiones tras preguntarse de dónde había sacado Malcom Marsh una fotografía de salón de Leticia Martins y quién podía ser la chica que la acompañaba.

—Malcom, ¿a... adónde... adónde vamos...?

—Busca un motel.

—Pero... No sé dónde...

—Frena en cualquier calle que veas tranquila y solitaria. Y cuanto antes, mejor. Y. apéate para ayudarme... No, es mejor que no. Sólo deja libre el asiento, pasa al otro.

Ophelia detuvo el vehículo un par de minutos más tarde. Otro minuto más tarde, el cadáver de Tom había sido trasladado al maletero, que

Malcom cerró con fuerte chasquido. Ocupó el sitio del conductor, y el coche reemprendió la marcha.

Media hora más tarde, Malcom Marsh detenía el coche ante la cabaña conserjería del «Crow Motel», sito junto al Punderson Lake, cerca de la estatal 87. Ophelia se quedó en el coche, y el detective entró en la conserjería. Tuvo que batir varias veces el timbre de mesa antes de que apareciera el conserje de noche, que lo miró con malhumor, pero un malhumor debilísimo, porque estaba prácticamente dormido.

—Quisiera una cabaña... —dijo amablemente Malcom, ya tranquilo, sereno—. Señor y señora Marsh.

Colocó su permiso de conducir sobre el mostrador. El conserje lo miró, asintió y bostezó:

—¿Estarán mucho tiempo?

—Posiblemente un par de días. Ya anotará nuestra estancia en el registro mañana, por mí no hay problema.

—Gracias, señor. Y buenas noches... —se volvió, tomó una llave y la entregó a Malcom—. La 19. Le acomp...

—Siga descansando —sonrió Malcom—. La encontraremos.

Salió de la conserjería con la seguridad de haber ganado un amigo. Y, por otra parte, no fue en absoluto difícil localizar la cabaña 19. Estacionó el coche delante, y suspiró. Bien, por el momento las cosas se habían calmado.

—¿Y si lo encuentran? —murmuró Ophelia.

Malcom frunció el ceño. Había dejado el cadáver de Tom fuera de la carretera, entre unos arbustos, tras vaciarle todos los bolsillos, cuyo contenido estaba ahora en los suyos.

—No es fácil que lo encuentren —movió la cabeza—. Pero de todos modos, no te preocupes: ya sabes que tengo pocos amigos, pero buenos. Vamos a la cabaña.

Un par de minutos más tarde, Malcom examinaba con detenimiento las pertenencias de Thomas Casey, por más cómodo apelativo Tom, muerto por rotura de cuello. No había nada que pudiera servir de nada al detective para ampliar sus investigaciones. O al menos nada que, de momento, pareciese que pudiera ser útil: dinero, documentos, chicles, pañuelo... cosas corrientes. Y los cinco mil dólares de Malcom, que éste se embolsó de nuevo.

Sentada en un extremo del sofá de la diminuta salita, Ophelia no perdía de vista al detective.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —susurró.

—Dormir, naturalmente.

—No podré dormir.

—Ophelia, ¡no me provoques!

—¡Oh, Malcom, estoy... estoy hablando en serio, no podré dormir, todo esto ha sido horrible!

—Bueno, cálmate... —Malcom se sentó junto a la muchacha y le rodeó la cintura con un brazo—. Una chica tan valiente como tú no puede desmoronarse ahora, ¿de acuerdo? Y a propósito, todavía no te he dado las gracias... ¿Cómo se te ocurrió aquella locura?

—No sé... Pensé que puesto que sabías karate, si... si yo los entretenía podrías... podrías...

—¡Karate! Bueno, pero ellos tenían pistolas. ¿No las viste?

—¡Claro que las vi! ¡Por eso hice lo que hice, para sobresaltarles y que tú pudieses...!

—Bueno, bueno, tranquila. Te debo la vida, ¿sabes?

Ophelia emitió un gemido y se abrazó a él. Esto era agradable. Sobre todo teniendo en cuenta que si él no hubiese gritado «disparad, disparadle», haciendo creer a Joey que había varias personas en el coche, quizá a aquellas horas Ophelia Reynolds estaría muerta, pues Joey, en lugar de correr hacia Malcom, habría corrido en dirección al coche, habría visto a Ophelia al volante... Malcom se estremeció al imaginarse a la muchacha acribillada a balazos tras el reventado parabrisas...

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Tengo un poco de frío.

—¡Pero si es verano! —se apartó ella, mirándole sorprendida.

—Pues es un verano idiota —gruñó él—. Será mejor que te acuestes. Yo dormiré en el sofá.

—No podré dormir.

—Que sí, mujer.

—Que no.

—Que sí.

—No, no podré.

—¡Está bien!, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero que te acuestes conmigo. ¡Pero Malcom no... no es para... para...! Quiero decir que... que no pretendo...

Malcom Marsh la contemplaba pasmado. Pero supo que ella, la dulce y angelical Ophelia, estaba siendo sincera. Y cuando, minutos más tarde, ella intentaba dormirse abrazada a él, el detective privado llegó a la conclusión de que uno nunca acaba de aprender cosas de la vida.

Pero tenía una duda: ¿él era un hombre normal... o un cretino que había encontrado un ángel?

Terrible duda.

CAPITULO V

Ophelia salió del cuarto de baño envuelta en la toalla, y se reunió con Malcom en la salita, donde el detective seguía marcando número tras número, incansable.

—¿Todavía no lo has localizado?

—No. Y, Ophelia: ¡no me provoques!

—No te estoy provocando —rió ella—: es sólo que acabo de tomar una ducha. Malcom, te agradezco que no... que no...

—Ahora tengo dos dudas —gruñó el detective—. Una: ¿soy un hombre normal o un cretino? Dos: ¿eres virgen o no eres virgen? Si yo me hubiese comportado como parece lógico, ahora no tendría ninguna duda.

—¿Cuál te interesa más resolver? —sonrió Ophelia

—Bueno, como tengo la certeza de que soy normal, y no un cretino, sólo queda la segunda duda.

—Quizá puedas resolverla pronto —murmuró ella, acercándose y colgándose de su cuello.

Malcom Marsh iba a decir algo, pero Ophelia se lo impidió, besándole en la boca. Y no fue, ciertamente, un beso infantil esta vez... por parte de ninguno de los dos. Mientras sentía que se sumergía en la tibieza de aquel cuerpo espléndido de cuyas turgentes formas sólo le separaba una simple toalla, Malcom Marsh volvía a sentir aquella erupción volcánica en la que su sangre hacía el cometido de lava hirviente... Agarró el borde de la toalla, y tiró de ésta hacia abajo, desprendiéndola del cuerpo de Ophelia. Ella continuó besándole. Y todo lo que hizo fue gemir cuando notó una mano de él en la desnuda espalda y otra en su cadera, luego en el costado, después acariciándole un seno... Se separó un poco, y Malcom pudo tomar en su mano el pecho femenino, fino y terso como la seda, elástico, prieto y delicado a la vez. La caricia empezó a hacerle sentir como nublados los sentidos, y mordió suavemente el labio inferior de Ophelia, gordito...

El timbrado del teléfono les hizo dar un salto tremendo a los dos. Malcom Marsh quedó como un pasmarote, mirando a Ophelia, que, desnuda ante él, le miraba a su vez con ojos desorbitados. El teléfono seguía sonando. Ophelia se inclinó, ofreciendo todo un maravilloso espectáculo a Malcom, recogió la toalla, y corrió hacia el dormitorio, ofreciendo otro espectáculo todavía más maravilloso... El maldito teléfono seguía sonando

Malcom lo descolgó de un manotazo.

—¿Qué demonios quiere? —aulló—. ¿Quién es, eh? ¿Qué...? ¡Neil! ¿Eres tú, Neil?

—...

—¿Dónde has estado metido? ¡Llevo toda la mañana...!

—...

—¡Ah! ¿Trabajando para mí? Hombre...

—¡...!

—¿Y sólo son las nueve menos diez de la mañana...? Je, je, es verdad... ¿Qué te parece?

—¿...?

—No, hombre, claro que el número que te he dejado ahí no es de mi apartamento, eso lo sabes perfectamente.

—¿...?

—Pues... Bueno, de un motel, al cuerno. Oye, Neil: ¿has averiguado eso?

—¡...!

—Escucha, Neil, seamos serios. Yo estoy trabajando para un cliente y sabes que no puedo decirte nada, por el momento. Pero sabes también que en cuanto sea posible o necesario, te diré todo lo que quieras saber. Ahora, elige: ¿respetas mi secreto profesional y me ayudas, o lo dejamos correr?

—...

—Me pongo lo serio que me da la gana. ¿Sí o no? Siempre nos hemos ayudado el uno al otro, pero nada es eterno. ¿Sí o no?

—...

—De acuerdo entonces. Te escucho.

Cuando Ophelia Reynolds salió del dormitorio, ya vestida, y sonriendo deliciosamente, aunque todavía un poco alterada, se quedó mirando sorprendida a Malcom Marsh, que, sentado en el sofá, fumaba en silencio, pensativo... incluso sombrío.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Ophelia.

—Malcom señaló el teléfono con la barbilla.

—Mi amigo Neil me ha pasado unos informes respecto a qué se hizo con el carbonizado coche de tu tía y quién lo dispuso así.

—¿Qué se hizo del coche?

—Fue llevado como chatarra a una fundición, por lo que en estos momentos no queda ni rastro de él. Lo que significa que *jamás* podremos saber si fue manipulado. Jamás, Ophelia.

—¿Y quién... quién lo dispuso así?

—Pues, vuestro famoso, eficiente y fiel secretario y luego subdirector de la «Reynolds Car Suplies», el señor Gerald Owells. ¿No lo sabías, realmente?

—Pues no... Pero Gerald hizo tantas cosas... En realidad, él se encargó de todo, siempre tan... tan amable y servicial. Bueno, no creo que eso tenga importancia, Malcom. ¿Por qué habría de tener importancia que Gerald hiciese eso?

—Puede que no la tenga —susurró Malcom Marsh—, pero de todos modos, vamos a ir a preguntárselo.

—¿Y qué quería que hiciera? —preguntó Gerald Owells, mirando estupefacto a Malcom Marsh—. ¿Qué otra cosa podía hacer, señor Marsh? El coche había quedado convertido en chatarra quemada, no se podían aprovechar ni las ruedas. ¿Qué otra cosa se podía hacer?

—Llevarlo a un taller de reparaciones.

La estupefacción de Owells aumentó. De pronto, enrojeció violentamente.

—Escuche, usted puede enseñarme a investigar, pero no puede enseñarme nada de coches —gruñó—. Cuando yo digo que un coche sólo sirve para ir al horno, es que sólo sirve para ir al horno. ¡Llevarlo a un taller! ¡Se habrían reído de mí... o me habrían encerrado, por chiflado!

—Gerald, no se enfade, por favor —pidió Ophelia—. El señor Marsh sólo está intentando ayudarnos.

—¿Ayudarnos? ¿A qué?

Malcom Marsh miraba atentamente, y un poco picado, a Gerald Owells. Este debía tener algo más de cincuenta años, su aspecto era serio, honesto, agradable; unas canas en las sienes y unos lentes de gruesa montura le daban un aspecto interesante, intelectual. Tras recibir cariñosamente a Ophelia, que le había presentado al detective, había vuelto a ocupar su sillón tras la mesa de su despacho, y ahora, allí instalado, miraba con gesto poco menos que furioso a Malcom Marsh.

—Estoy investigando el asesinato de Leticia Martins, señor Owells. Gerald Owells palideció.

—¿El qué? —jadeó.

—¿No ha llegado antes que nosotros un hombre llamado Denis Seymour, preguntando por Ophelia?

—Ah, sí, es cierto. Está esperando en... Pero, ¿de qué está usted hablando?

—El señor Seymour es un amigo mío, experto en finanzas, que, con el permiso de Ophelia, va a examinar las cuentas de la empresa, señor Owells.

Gerald Owells se puso en pie de un salto.

—¡Ophelia! —aulló.

—Vamos, Gerald, no se lo tome así —contemporizó la muchacha, un tanto turbada—. No va nada contra usted, por Dios. Sé muy bien quién es usted, y lo que durante tantos años ha significado... y continúa significando en la empresa. Pero Malcom y yo tenemos ahora la certidumbre de que tía Letty fue asesinada, y queremos saber por qué... y quién lo hizo.

—Es muy posible que si llegamos a saber eso sepamos también quién

asesinó a los padres de Ophelia —deslizó Malcom.

Owells lo miró como a punto de desmayarse.

—¿Qué... qué... qué...? —tartamudeó.

—Lo que ha oído, señor Owells.

—Pe... pero... No... No, no... ¡Usted está loco!

—Pues si yo estoy loco, imagínese cómo está Ophelia, que fue quien tuvo la sospecha y vino a contratarme.

—Pero esto... Pero no... ¿Cómo es posible? ¿De dónde has sacado esa idea, Ophelia?

—Estoy seguro de que Denis está esperando desde las nueve, Ophelia

—dijo Malcom—. ¿Qué te parece si mientras tú vas a verlo y lo presentas a quien corresponda para que le den toda clase de facilidades, yo pongo al corriente de todo al señor Owells?

—Por mí está bien —asintió Ophelia, mirando a Owells.

Esté volvió a sentarse, se derrumbó más bien. Ophelia abandonó el despacho y Malcom se sentó por fin, encendiendo un cigarrillo.

Cuando Ophelia regresó al despacho de Owells, éste parecía un cadáver. Permanecía inmóvil, con la mirada hierática, vidriosa... Al oír cerrarse la puerta, miró hacia allí, y al ver a Ophelia parpadeó.

—Dios mío —musitó.

—¿Denis está trabajando ya? —preguntó Malcom.

—Sí, sí. ¿Se lo has dicho todo a Gerald?

—Por supuesto. Y ahora que él ya lo sabe todo, quizá pueda ayudarnos.

—¿Yo? —exclamó Owells—. ¿En qué puedo ayudar?

—Es posiblemente la persona más indicada para enterarse de quién pudo manipular el coche de Leticia Martins, señor Owells; y también quiénes tenían acceso al helicóptero del señor Reynolds.

—Pero... pe... pero... ¡esto es una locura!

—¿No quiere ayudarnos?

—¡Claro que sí! Pero, ¿cómo... cómo voy a saber yo eso? ¡Cualquiera pudo tocar el coche de Leticia, naturalmente, cualquiera de los empleados de la empresa! Y luego, el helicóptero... ¡Yo no puedo saber eso! Se supone que el helicóptero de Bob Reynolds sólo lo tocaba su mecánico, naturalmente.

—**¿Por qué naturalmente?**

—Bu... bueno... ¿quién si no?

—Esa es mi pregunta, señor Owells. ¿Quién o quiénes pudieron manipular el helicóptero del padre de Ophelia, y el coche de Leticia Martins?

Ophelia y Malcom se quedaron mirando a Owells, que acabó por asentir con la cabeza.

—Haré todo lo que esté en mis posibilidades por enterarme, lo juro —murmuró.

—Gracias, señor Owells... —Malcom se puso en pie y miró su reloj—. ¡Caramba, cómo pasa el tiempo! Tenemos que marcharnos, Ophelia.

—¿Adónde? —se sorprendió la muchacha.

—Lo seguro es que no estaremos ni aquí, ni en tu casa, ni en tu apartamento —torció el gesto el detective.

—¿Dónde estarán? —se interesó Owells—. Lo pregunto por si llego a saber algo, señor Marsh.

—Pernoctamos castamente en el «Crow Motel», junto al Punderson Lake —sonrió hoscamente Malcom—, pero no se moleste en llamarnos allí, señor Owells. Nosotros le iremos llamando a usted. ¿Puedo contar con que facilitará la labor de mi amigo Denis Seymour?

—Sí... Naturalmente... —Owells miró a Ophelia—, Ophelia, querida, no sé qué decir. Todo... todo esto debe ser una equivocación.

—Lamentablemente, señor Owells —murmuró el detective—, ya no es posible pensar eso. Vamos, Ophelia: te presentaré a un amigo.

* * *

—Neil Bascomb... Ophelia Reynolds —presentó Malcom Marsh.

—Es preciosa... —se pasmó Neil—. ¿Cómo está, señorita Reynolds?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ophelia—. ¡No es un muñeco! ¡Habla y se mueve!

Neil Bascomb miró desconcertado de uno a otra: De pronto, se echó a reír.

—¡De modo que ya conoce usted a Charlie! —exclamó.

—Ayer se hicieron buenos amigos —dijo Malcom—. No, Neil no es un muñeco, dulce Ophelia. Es teniente de la sección de homicidios del Police Department.

—Un policía... —murmuró la muchacha.

Neil sonrió.

—Ya sé que no tenemos la aureola de prestigio y valor de los detectives privados, señorita Reynolds, pero le aseguro que también somos útiles en muchas ocasiones. Por ejemplo: ¿qué habría hecho Malcom sin mí en este caso?

—Habría tardado más —dijo el detective—. Pero igualmente habría sabido todo lo que quiero saber. Y por otra parte, en muchas ocasiones en que la policía, tú especialmente, has necesitado de un tipo astuto que...

—Está bien, está bien —gruñó Neil—. Bueno, ¿qué tal si nos sentamos y comemos algo? ¡Me muero de hambre si almuerzo más tarde de la una!

—Sólo son las doce y media —dijo Ophelia.

—¡No querrá usted que lleguemos a la una y me muera por no haber almorzado! —se aterró Neil Bascomb.

Riendo los tres se dirigieron a una mesa libre en el *snack* donde

Malcom y Neil habían quedado citados. Cada uno pidió lo que le vino de gusto, y Neil Bascomb miró embobado a Ophelia.

—¿Y qué? ¿Le ha contado Malcom alguno de sus chistes?

—Pues no...

—Todo eso que ha salido ganando: son horribles. Pero Malcom es capaz de convencer a cualquiera de que es un genio contando chistes. En mi opinión, sólo son aptos para Charlie, que se lo escucha todo sin rechistar... ¡Buen muchacho ese Charlie!

—Neil, ¿qué has sabido?

El policía miró al detective privado.

—Pues he sabido que ese tipo sobre el que me pediste informes, el tal Thomas Casey, está fichado por el FBI. Incluso cumplió condena hace unos años por *pequeñas* porquerías, como prostitución interestatal, lo tenían bien montado, pero ya conoces al FBI... Y también hacía otras porquerías más pequeñas: robo de coches, intimidación, fraud...

—¿Robo de coches?

—Sí. Malcom: ¿por qué te interesa ese tipo? Escucha, estoy siendo complaciente contigo, ¿no es cierto? Lo menos que puedo esperar...

—¿Y qué más? ¿Nada grave, como por ejemplo, sospechas de crímenes... mayores?

—No. Pero esas cosas son las que más cuesta saber, naturalmente. Mira, Malcom...

—Escucha y mira tú —Malcom señaló al camarero que se acercaba con la bandeja—: Te estoy invitando a almorzar, te he presentado a una chica preciosa, dulce y angelical, estás disfrutando de mi compañía... ¡Maldita sea!, ¿qué más quieres?

Ophelia se quedó mirando asombrada a Malcom. Pero todavía se asombró más cuando oyó a Neil Bascomb decir, de mala gana:

—De acuerdo: esperaré.

—Gracias, Neil. Hombre, ya que te portas con tanta comprensión y amabilidad, opino que mereces un chiste. ¿Sabes el de...?

—¡No! —exclamó aterrado Neil—. ¡Chistes, no, por favor!

—Tienes razón —murmuró Malcom—: no es momento de chistes.

* * *

Ophelia comprendió más tarde por qué Malcom Marsh había dicho que no era momento de chistes: sin duda, el detective ya había estado pensando en hacer aquella visita, y era lógico que no le pareciera nada graciosa.

Tal visita era a la Morgue, y cuando Ophelia vio que Malcom detenía el coche delante y comprendió, dijo:

—Podíamos haber venido antes del almuerzo, ¿no crees?

—En ese caso, no habríamos almorzado. De todos modos, no es necesario que tú entres.

—Malcom, ¿qué esperas conseguir con esto?

—La verdad es que no lo sé. Pero quiero hacerlo. Espera aquí, Ophelia.

—Si no te importa, realmente lo prefiero.

—Es lo mejor.

Malcom Marsh besó la punta de la nariz de Ophelia, se apeó del coche y caminó hacia la entrada del depósito de cadáveres. Poco después era recibido en un despachito por un empleado que fumaba en pipa mientras tomaba café plácidamente. Había dos manchitas de café en la blanca bata del hombre, que miró a Malcom con indiferencia:

—Usted dirá —inquirió.

—Tengo entendido que anoche ingresó en el depósito el cadáver de una mujer llamada Norah Pearl... Espero que no me hayan gastado una mala broma.

El hombre abrió un cajón, sacó una tablilla con una hoja sujeta con una grapa, y leyó rápidamente:

—Sí, aquí está. ¿Es usted familiar?

—No. Sólo amigo... Pero me gustaría estar seguro de que no hay ningún error.

—¿Error? —alzó las cejas el hombre—. ¿Qué error podía haber?

—No sé... Podía tratarse de otra Norah Pearl. ¿Podría echar un vistazo a sus pertenencias?

—¿Para identificarla como su amiga?

—Por supuesto.

El hombre movió la cabeza.

—No puedo complacerle. Esa mujer fue atropellada por un automóvil no identificado cuyo conductor se dio a la fuga. Como es natural, la policía está intentando encontrarlo...

—Yo también —masculló Malcom—. Soy detective privado. Y Norah Pearl estaba en tratos conmigo sobre un trabajo.

—Usted sabe perfectamente señor... señor...

—Marsh.

—Señor Marsh: usted sabe perfectamente que no puedo complacerle. Lo que sí puedo hacer es mostrarle el cadáver, por si quiere identificarlo. Aunque eso no es necesario, ya que fue identificado *in situ* inmediatamente después del accidente por varias personas que, al parecer, trabajaban con ella. No puedo hacer más.

—Le comprendo —asintió Malcom—. Nada que oponer. Pero me pregunto, señor... señor...

—Doctor Dewey.

—Me pregunto, doctor Dewey, si a usted le gustaría colaborar con la policía en la búsqueda del sujeto que mató a esa pobre mujer y se dio a la fuga.

—Me gustaría mucho —gruñó el médico—. Pero usted no es policía,

señor Marsh.

—No. Sólo detective privado, ya se lo he dicho. Y como tal, y contando con pequeñas relaciones de Norah Pearl, quizá yo sabría encontrar en sus cosas algo que para la policía no tuviese ningún significado y que en cambio fuese revelador para mí.

—¿Respecto al tipo del coche?

—Posiblemente.

—Eso es absurdo. Implicaría que esa pobre mujer sabía algo de ese sujeto.

—No es imposible, se lo aseguro.

El médico parpadeó, y luego se quedó mirando fijamente a Malcom. De pronto, terminó el café de un trago, se puso en pie, y se acercó a un fichero de cajones. Extrajo uno, y lo colocó sobre la mesa, señalándolo.

—Es todo lo que llevaba encima, salvo las ropas, claro.

Había un bolso manchado de sangre, un par de zapatos, un pendiente, cuentas de un collar barato...

—¿La policía ya ha trabajado con esto? —murmuró Malcom.

—De otro modo no le permitiría tocarlo.

El detective abrió el bolso. Dentro había dinero, un par de cigarros cortos, pañuelo, un encendedor, monedas, horquillas, un documento de identidad, tres folletos de viajes a distintos sitios: Canadá, Hawái, Rio de Janeiro... ¿Estaba Norah Pearl pensando en marcharse ya antes de que él apareciese por el «Charlot»? Miró el documento identificativo: Norah Pearl había tenido en el momento de su muerte cincuenta y seis años. Cincuenta y seis años. Por lo tanto, no era ninguna de las jovencitas, cerilleras o no, que Malcom había visto la noche anterior en el «Charlot». No se había fijado en ninguna mujer así en el club «Charlot». Y si la había habido... ¿dónde había estado? Sí, debía haber estado allí, puesto que le había visto a él y había sabido que ocupaba la mesa diecinueve del club.

—Gracias —murmuró.

El doctor Dewey colocó el cajón en el fichero.

—¿Quiere ver el cadáver? —ofreció.

—No... Ya no es necesario.

—¿Ha sacado algo en claro?

—Aún no lo sé —titubeó Malcom—. Pero una cosa le aseguro, doctor Dewey: el tipo que hizo esto será hallado.

—Lo cual me complacería mucho, señor Marsh.

—Ha sido usted muy amable. De nuevo gracias... y hasta la vista.

Cuando el detective se sentó en el coche junto a Ophelia, ésta le miró expectante. Marsh pareció no darse cuenta. Y cuando, tras mucho reflexionar, reaccionó, fue para decir:

—Tenemos que alquilar un coche.

—¿Para qué? ¡Ya tenemos éste!

—Lo dejaremos en un *parking*. Ellos saben mi nombre, y en estos momentos deben saber muchas más cosas sobre mí... incluyendo qué marca de coche tengo, y la matrícula. De modo que si quiero acercarme al «Charlot» tengo que conseguir otro coche.

—¿Vamos a volver a ese club? —se sobresaltó Ophelia.

—Más o menos —sonrió secamente el detective.

CAPITULO VI

—Ahí sale —murmuró Malcom—. ¿Lo reconoces tú también, aunque no vista como camarero?

—Sí... —asintió Ophelia, también dentro del coche, y mirando hacia la salida del «Charlot»—. Es el camarero que nos sirvió anoche, el que hizo circular la fotografía de tía Leticia

—Pues ése es nuestro hombre.

Lo vieron caminar un poco más de media travesía. Luego, el camarero entró en un coche, y partió. Malcom Marsh partió tras él con el coche alquilado aquella tarde.

Unos veinte minutos más tarde, tras una conducción fácil y sin problemas en una ciudad tranquila como sólo puede estarlo a las tres de la madrugada, el camarero detenía su coche delante de una casita en Granger Road, hacia el interior. Una casita sin garaje, porque el hombre se apeó, cerró el coche y se encaminó hacia la casa. El coche de Malcom frenó detrás del otro, y el detective se apeó rápidamente.

—¡Hey, amigo! ¿Qué tal? ¿Me recuerda?

El hombre, que se había vuelto sobresaltado, se quedó mirándolo a la luz de las farolas de la avenida silenciosa y solitaria. Se notaba la desconfianza en su expresión, pero, de pronto, ésta cambió, pasando a la sorpresa: acababa de reconocer a Marsh, en efecto. El detective se acercó a él, procurando sonreír amablemente.

—Hola... —saludó—, ¿Cómo van las cosas?

—¿Qué hace usted aquí, qué quiere...? ¿Me ha seguido?

—Sí. Para darle a ganar cien dólares. ¿Qué le parece?

—Escuche, ya le dije que nadie en el club...

—No se trata de eso, ahora. Venga al coche, hablaremos más cómodos allí. Vamos, hombre, ¿qué teme? Sólo quiero hacerle unas preguntas y regalarle cien dólares.

El camarero todavía titubeó, pero acabó por aceptar. Al entrar en el asiento de atrás con Malcom, miró a Ophelia, que se había vuelto a mirarle. Sí, era una preciosidad de muchacha...

Miró a Malcom.

—Está bien: ¿qué es lo que quiere ahora?

Malcom sacó unos billetes y se los puso al hombre en el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Norah Pearl estaba o no estaba empleada en el «Charlot»?

—Claro que sí... ¡Pobre Norah! Anoche mismo la atrop...

—¿Cómo se llama usted?

—Barry Tolliver.

—Señor Tolliver, la dama cuya fotografía hizo circular usted ayer noche por el «Charlot» había estado allí ocho días antes y todo lo que yo quería saber era con quién había estado o qué había ido a hacer

allí. Parece que la única persona que podía haberme dado alguna pista al respecto era Norah Pearl.

—¿Norah...? Claro que no. Yo mismo le enseñé la fotografía y dijo que no sabía nada.

—Le mintió. Norah Pearl había visto a la dama de la fotografía. Sin embargo, yo no vi anoche a Norah en el club... ¿Cómo es posible?

—Norah trabaja... trabajaba en los lavabos de señoras, que están en el pasillo detrás del escenario.

—Entonces, no pudo verme a mí, ni saber que yo estaba en la mesa diecinueve.

—No. Pero yo le hablé de usted cuando le enseñé la fotografía de aquella mujer.

—Entiendo. Pero desde su puesto de trabajo Norah no podía ver la sala de ninguna manera.

—Claro que no.

Malcom pidió a Ophelia que le alcanzase un bloc que había en la guantera del coche, y lo tendió a Tolliver junto con un bolígrafo.

—Señor Tolliver, hay un suplemento de cincuenta dólares para usted si me hace un plano lo más exacto posible del «Charlot». No de la sala al público, ésa olvídelas: de la sala hacia dentro. ¿Puede hacerlo?

—Creo que sí.

Malcom hizo un gesto, y Tolliver comenzó a dibujar. Tuvo que romper tres hojas del bloc, pero a la cuarta el plano de distribución le quedó a su gusto. No era ninguna maravilla, pero Malcom tenía lo que quería. Se guardó el plano.

—¿Conoce usted al propietario del club? —preguntó.

—No. Conozco al director, naturalmente, pero no al propietario. Que yo sepa nunca va por allí. El director es Aldo Howell. Un tipo amable.

—Me alegro por usted. ¿Conoce a alguien llamado Tom, o a alguien llamado Joey?

—Oh, sí.

—¿De veras?

—Bueno, Tom y Joey son nombres muy corrientes, claro, pero al mencionarlos juntos, pienso que quizá se refiera a dos empleados del club. Es decir... Bueno, siempre están por allí como si fuesen clientes, pero en realidad su trabajo es evitar alborotos, y cosas así.

—Anoche no los vi por la sala.

—Saben cómo pasar desapercibidos.

—Claro. ¿Podría decirme dónde vive Joey, por ejemplo?

—Exactamente, no, pero sí aproximadamente... Y ahora que pienso, esta noche no he visto a Joey. Ni a Tom.

—Deben estar de vacaciones. ¿Quiere decirme cómo encontrar a Joey? Joey... ¿qué más?

—Joey Wood.

—Bien. ¿Le suena el nombre de Leroy?

—No... No conozco a nadie llamado así.

—Bien. Dígame cómo encontrar a Joey, y sea tan amable de anotarme aquí la dirección de Aldo Howell.

Tolliver obedeció. Malcom volvió a guardarse la hoja con el plano y la dirección del director del «Charlot» y las indicaciones para llegar hasta Joey Wood.

—¿Qué es lo que está pasando? —murmuró Tolliver.

—Señor Tolliver, usted me parece un hombre honrado, de modo que voy a darle un consejo que no debe olvidar en ningún momento: no hable de esto con nadie, no diga nada de nada. Simplemente, siga haciendo su vida normal, como si yo no existiera. ¿Lo entiende?

—Claro.

—Felicidades. Buenas noches, señor Tolliver.

Segundos después, éste entraba en su casa. Malcom había pasado ya ante el volante, puso el coche en marcha, y partió. Ophelia no pudo contener su curiosidad y desconcierto.

—¿Qué importancia tiene ese plano del «Charlot»?

—Muchísima. Sabemos ahora que Norah Pearl trabajaba en los servicios para damas del «Charlot», junto a los cuales acostumbra a haber un teléfono. La mujer se enteró de que un tipo llamado Malcom Marsh andaba buscando a la mujer de la fotografía, le dijo a Tolliver que no sabía nada, pero más tarde, en cuanto tuvo oportunidad, utilizó el teléfono que tan cerca tenía para llamar al club, ya que deben ser líneas distintas, y pedir comunicación con el cliente de la mesa diecinueve. Lamentablemente, alguien la oyó, y eso fue causa de su muerte.

—¿Quién pudo oírla? ¿Otro empleado del club?

—Evidentemente. Pero eso, aparte de que lo sabremos a su debido tiempo, no importa demasiado. Lo que importa es esto: Norah no podía ver la sala del «Charlot» desde su puesto de trabajo, pero, naturalmente, sí podía ver a todas las damas que fuesen a los servicios.

—Claro... ¡y vio a tía Letty!

—La vio. Pero no porque tu tía fuese a los servicios. Vamos a suponer que tu tía fuese a los servicios, que Norah Pearl la viera, lógicamente, y que ayer quisiera decírmelo... ¿Te parece lógico que pidiera cinco mil dólares por decirme que tu tía había ido a los lavabos?

—Su... supongo que... que no...

—A mí tampoco. Como tampoco me parecería lógico que hubiesen matado a esa pobre mujer sólo para impedirle decir que la dama de la fotografía había utilizado los lavabos de «Charlot».

—¿Quieres decir... que hizo otra cosa dentro del club?

—Puede que fuese también a los lavabos —Malcom sonrió secamente

—: de eso no nos escapamos nadie. Pero, en efecto, hizo otra cosa dentro del club. ¿Te has fijado en el plano que ha dibujado Tolliver?

—No he podido verlo muy bien.

Malcom lo sacó, y se lo tendió. Ophelia encendió la luz del interior del coche, y desdobló el plano.

—Observa la situación de los servicios para damas... —dijo Malcom, atento a la marcha—. Desde la sala, se llega a los servicios por un pasillo amplio, que se bifurca en dos. El de la derecha conduce a ese cuarto grande que utilizan como almacén y al despacho del club. El de la izquierda, conduce en primer lugar al servicio para hombres, y más allá, hacia los camerinos. Desde su puesto de trabajo, Norah Pearl no podía ver el servicio para hombres, pero sí el pasillo que conduce al almacén y al despacho. Así pues, Norah vio a tu tía dirigirse por ese pasillo hacia...

—¿Hacia dónde? —saltó Ophelia.

—No creo que tía Letty tuviese nada que hacer en el almacén. Así que pienso que cuando Norah Pearl la vio, se dirigía hacia el despacho de la dirección del club. Y precisamente por eso debió llamarle más la atención que si se hubiese limitado a utilizar los servicios para damas. Pero no sólo vio a tu tía yendo hacia el despacho, sino que debió ver algo más que la inquietó... que la tenía inquieta.

—¿Por ejemplo?

—Posiblemente, alguien acompañase a tu tía, y quizá era en ese momento cuando la estaba amenazando, o discutiendo con ella. Si a esto sumamos que al día siguiente, o al otro, Norah Pearl pudo enterarse de la muerte de tu tía, es lógico que estuviese asustada. Supongo que la noticia del accidente aparecería en los periódicos.

—Sí... Claro.

—¿Incluía alguna fotografía de tu tía?

—Pues... Bueno, sí, un periodista estuvo en casa para pedirla. Los Reynolds somos conocidos en Cleveland y...

—Ahí tienes. Norah Pearl estaba asustada, pero no se atrevía a hacer anda. Y cuando Tolliver le mostró la fotografía anoche, todavía se asustó más. Y pensó rápidamente que debía marcharse... Quizá ya lo tenía pensado: encontré entre sus cosas unos folletos de viaje, todos ellos de lugares distantes. Pensó que cinco mil dólares la ayudarían mucho, y se decidió a pedírmelos... Lo malo para ella fue que alguien la oyó.

—¿Quién pudo ser?

—Pudo ser una mujer que fuese a los servicios... o bien el director del club, que en aquel momento llegaba o se marchaba de su despacho. Por lo demás, sólo tú y yo sabíamos que Norah Pearl quería hablar conmigo. De modo que sólo tenemos eso: Aldo Howell... o alguna clienta del club. ¿Tú por cuál votarías?

—Bueno... dadas las... las circunstancias, supongo que... que tuvo que ser el director del club, porque sería mucha casualidad que una de las clientas tuviera... algo que ver con todo esto.

—Exacto. ¿Y qué hizo el director del club?: pues comenzó a organizar una serie de asesinatos: el de Norah Pearl, el tuyo y el mío... de momento. Y movilizó a su personal.

—Pero... pero Malcom, no... no puedes estar seguro de todo esto...

—Es cierto —admitió Malcom, con una dura mueca—: no puedo estar seguro. Pero, como quiero estarlo, por eso vamos ahora a hacerle una visita a Aldo Howell, el director del «Charlot»... que ya debe haber llegado a su domicilio.

* * *

Aldo Howell cerró la puerta de su apartamento, se volvió hacia la muchacha, la abrazó y la besó en la boca. Ella emitió un gemido de gatita, se colgó de su cuello y apretó su vientre contra el de Howell; para apretar los senos contra el pecho de él no tenía que esforzarse, pues dado su volumen se proyectaban sobradamente.

Estuvieron besándose largamente, hasta que Howell comenzó a utilizar las manos en profundidad. Y ya, con un gesto brusco, la separó y dijo:

—¡Anda, desnúdate!

—Hijo, sí que vienes lanzado hoy —rió ella.

—Me pones enseguida al rojo vivo, Netty... ¡Desnúdate!

—¿Aquí mismo?

—Ve al dormitorio. Llevaré una botella de champaña.

Netty sonrió, hizo una mueca con la sonrosada lengua y corrió hacia el dormitorio. Aldo Howell, excitado, fue a la cocina, sacó del frigorífico una botella de champaña... y cuando se dirigía hacia el dormitorio, oyó la llamada de la puerta. Se detuvo, sorprendido. Luego, frunció el ceño, mirando su reloj. Eran las tres y cuarto de la madrugada.

Se acercó a la puerta, con la botella todavía en una mano

—¿Quién es? —preguntó.

La voz sonó entre el marco y la puerta, susurrante:

—Le traigo un recado urgente de Joey, señor Howell.

Este lanzó una exclamación y, sin vacilar, abrió la puerta. Al ver a su visitante, palideció.

En cambio, Malcom Marsh sonrió. Claro que no fue una sonrisa precisamente simpática, pero sonrisa al fin. Entró, empujando suavemente a Howell, y cerró la puerta. Se quedó mirando especulativamente al director del «Charlot»: no tenía ni media bofetada. Elegante, sí, y hasta atractivo, pero con media bofetada podía desencuadernarlo.

Malcom señaló la botella de champaña.

—¿Qué? ¿Celebrando la muerte de Norah Pearl?

Aldo Howell lanzó una exclamación y, de pronto, alzó la botella de champaña... La reacción de Malcom Marsh fue fulminante: con la mano izquierda agarró en alto la botella de champaña, y con el puño derecho lanzó un trallazo bestial al estómago de Howell. Tan bestial que Howell salió disparado hacia atrás, y quedó tendido en el suelo como muerto, boca abajo. Malcom se acercó, le dio la vuelta pasando un pie por una axila, y se quedó mirándolo, con gesto reprobativo.

—Pues hijo: ¿qué te habría pasado si llego a pegarte en serio?

Lo agarró por el cuello de la chaqueta y tiró de él hacia el interior del lujoso apartamento.

—Aldooooo... ¡Ya estooyyyy...! —llegó la voz femenina.

Sin inmutarse, Malcom desvió la marcha hacia el dormitorio. Cuando apareció en el umbral, vio a la muchacha tendida en la cama, con los brazos extendidos hacia la puerta. Al verlo a él, Netty emitió un grito y se sentó de un salto, haciendo oscilar encantadoramente sus formidables senos.

—Caramba... —sonrió Malcom—. ¡Una de las tetudas muchachas del «Charlot»! ¿Qué tal, prenda? ¿Has venido a vender cerillas?

La mirada de la muchacha bajó, aterrada, hacia Howell, que colgaba de la mano de Malcom como un pingajo. Luego, volvió a mirar al detective, que arrastró a Howell y manejándolo como si fuese una pluma, lo dejó sentado en una de las butacas.

Acto seguido, Malcom fue a sentarse en el borde de la cama, y pellizcó cariñosamente un pecho de la muchacha.

—Hijita, vaya musculatura... ¿Qué deporte practicas?

—Usted... usted es el hombre que anoche... ¿Qué... qué es lo que quiere, qué le ha hecho a Aldo...? ¡Llamaré a la policía!

—Pide por la Sección Homicidios, teniente Neil Bascomb, Dile que le llamas de mi parte: Malcom Marsh. Aunque mucho me temo que Neil esté durmiendo en su casa a estas horas... ¿Quieres un poco de champán, golfita?

—No... ¡No! ¡Usted no puede!

—Vamos, no seas tonta. Yo puedo hacer todo lo que me dé la gana, tal como están las cosas. Vamos a ver: ¿tú tienes algo que ver con lo de Norah Pearl?

—¡Oh!

—¿Eso quiere decir que sí o que no?

—Yo no... no sé de qué habla... ¡Y Norah murió anoche, a causa de un accidente!

—¿Y qué más sabes?

—¿Qué más? —se pasmó, Netty.

Malcom la miró especulativamente, y asintió. Para él estaba claro: aquella chica no tenía nada que ver con nada, igual que el camarero

Tolliver. Simplemente, trabajaba en el «Charlot» y a cambio de regalos o concesiones, permitía que su jefe le proporcionase habitación gratis algunas noches. Desconsoladoramente vulgar.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Netty...

—Bien. Vístete, Netty. ¿De verdad no quieres champán?

—No... no.

—Vístete.

La muchacha saltó de la cama y corrió hacia sus ropas. Malcom descorchó la botella de champaña, bebió un trago directamente de la botella y se acercó a Aldo Howell. Se quedó mirándolo, chascó la lengua, y acto seguido comenzó a verter champaña sobre la cabeza. Aldo Howell se agitó, movió la cabeza, respingó, se sentó mejor de un salto... y se quedó mirando con expresión desorbitada a Malcom Marsh, que ya no sonreía.

—Puedo dedicarme a partirle la botella en la cabeza o a escucharle, Howell —espetó el detective—. ¿Qué prefiere?

—Yo no sé nada... ¡No sé nada!

—¿De qué no sabe nada? —alzó las cejas Malcom.

—¡Nada de nada!

—Escuche, Howell, cuando usted me ha visto ha palidecido. Tan sólo con esto, ya he comprendido que usted sabe casi todo cuanto yo quiero saber a mi vez. Empezando por mi nombre. ¿No es cierto que sabe quién soy?

—No... ¡No lo sé!

—Soy Malcom Marsh, detective privado, el hombre que anoche estuvo en el «Charlot» con una fotografía de Leticia Martins. ¿Tampoco sabe quién *era* Leticia Martins?

—No... ¡Tampoco!

Malcom sacó la fotografía de la tía de Ophelia, y la colocó ante los ojos de Howell, que la ignoró... La vacía botella de champán, firmemente sujeta por la mano de Malcom, describió un arco en el aire, y cayó, sin demasiada fuerza, sobre un hombro de Aldo Howell, que lanzó un alarido y se encogió, transformado el rostro por el dolor. En otro lugar del dormitorio, Netty, ya vestida, se llevó las manos a la boca, para ahogar su grito de miedo.

—¿La conoce? —insistió Malcom, imperturbable.

Aldo Howell miró la fotografía brevemente.

—No —jadeó—. ¡No la conozco!

—Escuche, Howell, no he venido aquí a ciegas, sino ya muy bien orientado a base de teorías y pistas. Yo sé que Leticia Martins estuvo hace ocho días en el «Charlot» y que habló con usted, o con alguien, en su despacho. Norah Pearl vio esto, y algo más... y usted, anoche, la oyó a ella cuando estaba en tratos conmigo por teléfono. A partir de

ese momento, Norah Pearl quedó sentenciada a muerte, igual que yo. Y usted es tan asesino como el tal Leroy, el tipo que conducía el coche que la atropelló, que la asesinó...

—Oh, Dios mío... —gemía Netty—. No, no... ¡Eso no es verdad, no puede ser...!

—Lo es, Netty. Y tu amiguito, al que tan alegremente has estado entregando tus encantos, es un asesino. O al menos, jefe de los asesinos. Es decir, más asesino que los propios asesinos... ¿No está de acuerdo, Howell?

—Usted está loco —jadeó Howell.

—Tan loco que le voy a partir la cabeza con esta botella si no contesta a mis preguntas: ¿a qué fue Leticia Martins a su club?

—¡No es mi club!

—Eso lo creo. ¿De quién es?

Aldo Howell apretó los labios, pero su expresión era acorralada. Malcom alzó la botella... y se quedó con ella en alto, mirando a Netty, que había exclamado:

—¡Oh, eso lo sé yo!

—¿Sabes de quién es el club? Muy bien, Netty: ¿de quién?

—Sólo sé su nombre porque Aldo me lo ha dicho alguna vez, pero el propietario no quiere que se sepa que él...

—¡Maldita ramera! —aulló Howell.

Y su reacción fue de tal violencia y furia que sorprendió a Malcom al golpearlo en el estómago con la cabeza, con tanta fuerza que el detective cayó sentado al suelo, soltando un gruñido de dolor, y perdiendo la botella de champaña. Buscó con la mirada a Howell, y lo vio corriendo hacia el armario... La alarma sonó en la mente de Marsh. Buscó la botella de champaña, la recogió, se arrodilló y se encaró de nuevo con Howell, que había abierto el armario y sacaba algo de un cajón. Antes de que se volviera, Malcom ya había visto el relucir de la pistola. Y en el mismo momento en que Howell se volvía empuñando el arma, el detective lanzaba la botella de champaña.

Fue un blanco perfecto.

La botella impactó brutalmente en la frente de Howell, empujándolo hacia el armario, en cuyos estantes rebotó, con los ojos en blanco. La botella cayó al suelo, entera. Un instante más tarde, lo hacía Howell, de bruces, soltando la pistola, que Malcom se apresuró a recoger, lívido. Se acercó a Howell y de nuevo lo volvió boca arriba. En la frente había una enorme brecha, por la que manaba la sangre. No estaba muerto, pero sí listo para ser hospitalizado.

—Maldita sea... —barbotó Malcom. Desvió rápidamente la mirada hacia Netty, que estaba petrificada por el espanto—. No te asustes, no está muerto. Pero habrá que llevarlo a un hospital. Llamaré una ambulancia.

Un minuto más tarde, la llamada estaba hecha. Malcom se pasó una mano por la cara. De pronto, miró a Netty.

—Te quedarás aquí hasta que venga la ambulancia, y acompañarás a ese criminal. Cuando te hagan preguntas, dirás que solamente quieres contestar, en persona, al teniente de Homicidios Neil Bascomb. ¿Lo has entendido?

—Sí... Sí, sí...

—No te las des de lista, Netty. ¿De acuerdo? Y ahora, dime: ¿quién es el propietario del «Charlot»?

—Aldo lo mencionó dos o tres veces... Creo... creo que se llama Parkinson, Lewis Parkinson, o algo así.

—¿Algo así? —masculó el detective—. Está bien, Netty, no hagas nada diferente a lo que te he dicho, te lo advierto, si no quieres que te deje sin esos hermosos pechos a mordiscos. Y no bromeo.

Dos minutos más tarde, Malcom Marsh entraba en el coche, donde le estaba esperando, no poco inquieta, la dulce y angelical Ophelia, que preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos que conseguir un listín telefónico, para buscar la dirección de un tal Lewis Parkinson... si es que está en el listín. ¡Maldito idiota! ¡Casi lo mato, y además no está en condiciones de contestar ni siquiera a la pregunta de si desea vivir!

—Malcom, ¿qué... qué ha pasado?

—Que he bebido champaña.

Le explicó lo sucedido mientras buscaba una cabina telefónica en la que hubiera listín. Encontró lo que buscaba sólo diez minutos más tarde, y cuando, una vez más, regresó a sentarse junto a Ophelia, ésta comprendió que Malcom Marsh había conseguido lo que quería.

—Lo has encontrado, ¿verdad?

—Sí. Lewis M. Parkinson, 440 Brookpark Road.

CAPITULO VII

El 440 de Brookpark Road era una quinta de muy buen aspecto, aunque no demasiado grande. Tanto Ophelia como Malcom sabían, por supuesto, que para vivir allí había que tener dinero. La casa estaba rodeada de jardín, y a un lado tenía el garaje, pintado de blanco, como la casa.

Eran las cuatro y algunos minutos de la madrugada, por lo que la única luz que había en la casa estaba en el pórtico, iluminando éste y una zona de jardín en la parte delantera.

Malcom paró el motor del coche, y apagó las luces. Miró a Ophelia, y sonrió al ver su expresión de sueño que a toda costa quería dominar.

—Debiste tomar un taxi y volver tú sola al motel.

—Oh, pero si no tengo sueño...

El detective movió la cabeza. Era una tontería discutir con una mujer como Ophelia. Bueno, y con todas. Volvió a mirar hacia la casa.

—Me pregunto —murmuró—, por qué el señor Parkinson no quiere que nadie sepa que él es el dueño del club «Charlot»

—Malcom, creo que habría sido mejor que le dijeras a tu amigo Neil que veníamos hacia aquí... No me gusta esto.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? Pu... pues... ¡Pues sí, tengo miedo! Todo se va complicando cada vez más, han querido matarte varias veces, han...

—No te excites. Prefiero verte con cara de sueño. Bien, no tiene objeto esperar, ¿verdad? Quédate aquí.

—¡Malcom, ten cuidado!

Marsh caminaba ya hacia la casa: un sendero discurría entre dos zonas de tupido césped en el cual destacaban hermosos árboles. Instantes después, Malcom Marsh pulsaba el timbre de la puerta. Repitió la llamada unos segundos más tarde. Y otros pocos segundos más tarde se iluminaron las dos ventanas frontales de la casa. Una mirilla se abrió en la puerta, y brotó la voz, huraña, soñolienta:

—¿Quién es, qué quiere?

—Traigo un recado urgente del señor Howell para el señor Parkinson

—murmuró el detective—. ¡El señor Howell está en apuros!

La puerta se abrió enseguida, y un hombre de unos cuarenta años, desgredado, en pijama y bata, se quedó mirando, todavía sobresaltado, a Malcom Marsh.

—¿Quién es usted? —exclamó—. ¿Qué ha pasado?

—Avisé al señor Parkinson. ¡Deprisa!

—Pero, ¿qué le ha ocurrido al señor Howell? ¿Qué pasa?

—Escuche, tipejo —Malcom le clavó un dedote en el pecho—: no tengo tiempo para perderlo con usted, ¿entiende? ¡Avisé inmediatamente al señor Parkinson!

—Está bien. Venga.

El criado llevó a Malcom al salón, y le dijo que esperase. Malcom asintió, y se colocó en un lugar conveniente en el salón, en el que no pudieran llegarle las sorpresas por ningún lado. Metió la mano derecha en el bolsillo de ese lado del pantalón, y empuñó la pistola. No más sorpresas. Al menos, la visita a Howell había servido para proveerle de un arma, ya que la suya había quedado en su apartamento...

Oyó murmullo de voces, y las pisadas. Su gesto se endureció. ¡Por fin iba a llegar al nudo de aquel embrollo!

La puerta se abrió, y apareció un hombre alto y grueso, sólido, también en batín.

La sorpresa fue tremenda y mutua. Se quedaron mirándose uno a otro totalmente estupefactos, incapaces de reaccionar. Y de pronto, Malcom lanzó una exclamación:

—¡Atiza! ¡El sordo de las risotadas del «Charlot»!

El hombre que tan bien lo pasaba riendo en el «Charlot» lanzó a su vez una exclamación, e inmediatamente se volvió hacia el criado, que había quedado tras él.

—¡Es el detective privado...! ¡Estúpido!

Salió tan rápidamente del salón que cuando Malcom sacó la pistola del bolsillo, el gordo estaba fuera de su alcance. Corrió hacia la puerta y allí tropezó con el criado, que le agarró la muñeca de la mano armada con las dos suyas.

—¡Mátalo! —gritaba desde la puerta Parkinson—. ¡Mátalo, mátalo!

El criado era fortísimo, más que Malcom. Empujó a éste contra la pared con el pecho, como queriendo aplastarlo. Pareció que Parkinson fuese a ayudar a su criado, pero cambió en el acto de decisión cuando Malcom encajó un tremendo rodillazo entre las ingles del hombre, que soltó un bufido y aflojó la presión. De un codazo, Malcom lo apartó, y pudo por fin apuntar a Parkinson en el momento en que éste abría la puerta.

—¡Deténgase o...!

Lewis M. Parkinson salió de la casa, y Malcom no pudo ni disparar ni correr tras él, pues el criado le cayó de nuevo encima, rugiendo furiosamente, como enloquecido. Era una bestia tan poderosa que Malcom comenzó a temer seriamente por el desenlace de la pelea; recibió un puñetazo en la boca, y un puntapié entre las ingles que dieron con él en el suelo, aturdido, mientras la pistola se deslizaba por el rutilante suelo.

El criado de Parkinson se lanzó en pos del arma, como si se tratase de un salto a la piscina. Malcom Marsh sentía un dolor horrible entre las ingles, pero se puso en pie, se llegó tambaleándose hacia el sujeto, y en el momento en que éste se volvía empuñando la pistola, le lanzó un

punterazo a la sien. El hombre emitió un fuerte ronquido, puso los ojos en blanco y se desplomó. Junto a él, con las manos en los genitales, se desplomó Malcom de rodillas, jadeando.

—La madre que te...

Sacudió la cabeza. Frente a él vio un bulto que se estaba formando en la sien del hombre. Parecía... un chicle que se fuese hinchando. Arrastrándose de rodillas, llegó junto al sujeto y le puso una mano en un lado del cuello. Estaba vivo.

Recogió la pistola y se puso en pie, tambaleándose. Afuera oyó, claramente, el rugir del motor de un coche. Un motor poderoso.

—Maldita sea... tu estampa...

Dando bandazos, dolorido como nunca en su vida, Malcom recorrió el vestíbulo, y salió de la casa. En aquel momento el coche pasaba por delante de ésta, y a la luz del pórtico pudo ver perfectamente a Lewis Parkinson al volante.

El detective extendió el brazo armado.

—¡Alto! —gritó—. ¡Deténgase...!

Comprendió que Parkinson no pensaba hacerle el menor caso, así que disparó, por tres veces. Una de las balas reventó un cristal lateral de atrás, las otras dos rebotaron contra la carrocería... El coche salió de la zona de césped, rebotando blandamente sobre los formidables amortiguadores, y apareció en Brookpark Road...

—No... —gimió Malcom—. Ophelia, no... ¡No!

Pero sus temores resultaron infundados. Por lo que fuese, quizá sorprendida por la rapidez de los acontecimientos, Ophelia Reynolds no reaccionó esta vez, y el coche de Parkinson se lanzó avenida abajo, rechinando los neumáticos. Tras un suspiro de alivio, Malcom corrió hacia el coche alquilado, abrió la portezuela y vio a Ophelia mirándole con expresión desorbitada.

—¡Sal del coche! —le gritó Malcom—. ¡Busca un teléfono y llama a Neil, dile que venga aquí! ¡Pero no entres tú en la cas...!

Estaba viendo aceptablemente a Ophelia, inmóvil, asustada. Y de pronto, la vio más iluminada... incluso por cierto lejano resplandor azulado. Ya sentado ante el volante, miró hacia donde calculó la procedencia de las luces. Vio varios pares de faros, y algunas luces azules girando, oyó chirriar de neumáticos...

—Neil... —murmuró, comprendiendo de golpe—. ¡Ese tiene que ser Neil!

En ese momento llegó hasta allí el inconfundible crujir de chapa metálica, y hubo como un estallido extraño, que le hizo pensar en otro cristal de coche reventado.

Puso en marcha el suyo, y en cuestión de segundos llegó al lugar donde tres coches policiales ocupaban toda la calzada, y varios hombres se agolpaban alrededor del coche de Parkinson, empotrado

en un grueso árbol de la avenida, la mitad sobre la acera.

—Espera aquí, Ophelia —murmuró.

Se apeó y corrió, todavía no poco dolorido, hacia el coche siniestrado. Vio a Neil Bascomb, en efecto, inclinado junto a la a ventanilla izquierda delantera del coche. Malcom también se inclinó, y se quedó mirando a los ojos de Lewis M. Parkinson, abiertos; tenía la cabeza caída sobre el volante y vuelta hacia la izquierda; el parabrisas, en efecto, había reventado y toda la cabeza de Parkinson estaba cubierta de diminutos fragmentos brillantes. Ni el policía ni el detective privado tuvieron necesidad de cambiar comentario alguno: ambos sabían perfectamente que aquel hombre estaba muerto.

Neil se irguió, y se volvió hacia sus hombres.

—Steve, llama a una ambulancia —masculló—. Pero sin urgencias: el tipo está muerto.

—Hay otro en la casa —murmuró Malcom—: y ése está vivo, Neil.

—Vamos allá.

Subieron los dos a uno de los coches policiales, y al pasar Neil vio en el coche de Malcom a Ophelia, aterrada, con los ojos abiertos como platos.

—Eres un animal —gruñó—. ¿No podías haber dejado a la muchacha en alguna parte?

—¿Te gusta discutir con mujeres? —gruñó a su vez Malcom

—No.

—A mí tampoco. Te has dado mucha prisa desde que hablaste con la pechugona Netty, ¿no?

—En cuanto supe que habías venido a ver a un tal Lewis Parkinson lo busqué en la guía y salimos disparados hacia allí... ¿Qué ha pasado exactamente, Malcom?

* * *

El criado tenía un enorme chichón en la sien, y estaba pálido, pero vivo, lo que no era poco, considerando el puntapié recibido. Sentado en un sillón del salón, contemplaba hoscamente a Malcom Marsh y al teniente de Homicidios, que a su vez le miraban expectantes. Por el resto de la casa se oía rumor de hombres yendo de un lado a otro. Por las ventanas del salón se veían procedentes de alguna parte las azules luces policiales.

—Caray, qué chichón... —dijo Neil—, Ha tenido suerte, amigo.

El criado le dirigió una mirada asesina, que hizo sonreír secamente al policía, el cual señaló hacia fuera.

—El señor Parkinson ha fallecido: se estrelló contra un árbol al querer esquivarnos, y se ha partido la cabeza. En cuanto a usted, me parece que está en un grave apuro.

—Yo no he hecho nada —masculló el hombre.

—¿No? ¿Pues quién ha hecho algo?

—No lo sé.

—Señor Forbes, tenemos en otra habitación a la cocinera y a la camarera de la casa. Ellas nos han dicho el nombre de usted, y algunas otras cosas. Respecto a ellas, sí creemos que no tienen nada que ver en esto, pero no de usted, que intentó matar al señor Marsh. Y no sólo esto, sino que usted abrió la puerta al señor Marsh cuando él dijo que venía de parte de Howell, el cual se la abrió a su vez cuando el señor Marsh le dijo que llegaba de parte de Joey... Lo que nos lleva a la conclusión de que todos ustedes están en el mismo asunto. Usted me entiende, señor Forbes: está en un serio apuro. Y ahora: ¿prefiere colaborar con la policía y quizá obtener así algún provecho personal... o vamos a las malas desde ahora mismo?

Carl Forbes se pasó la lengua por los labios.

—Yo sólo soy un empleado —musitó.

—De acuerdo. El club «Charlot» es... era del señor Parkinson, pero éste iba allí sólo como cliente. ¿Por qué no quería que se supiese que el club era de él?

—Tiene otros muchos negocios en los que no quiere que aparezca su nombre.

—Así lo hemos supuesto; conocemos la clase de sujeto. Pero vamos a ceñirnos, por ahora, a un solo tema: el de la Reynolds Car Suplies, y el asesinato de Leticia Martins... Porque esa señora fue asesinada, ¿no es cierto?

—Sí... sí.

—¿Por quién?

—Eso no lo sé. Sólo tengo una idea de los motivos.

—¿Cuáles son esos motivos?

—Está todo relacionado con los robos de coches en todo el país... La «Reynolds Car Suplies» está siendo utilizada para llevar de un lado a otro los coches robados, después de desmontados y pintados de nuevo. Especialmente, los motores y demás piezas. Todo se mezclaba con el material que la «R.C.S.» reparte por todo el país, y así, nadie podía encontrar nunca ninguna pista.

Neil y Malcom cambiaron una mirada, y el segundo preguntó:

—¿Quiere decir que estamos metidos de lleno en el asunto que tiene medio loco al F.B.I, hace tiempo?

—Sí... Así es.

—¡Bueno...! —exclamó Neil, dándose un puñetazo en la palma de la otra mano—. ¡Esta sí que es buena!

—Pero... ¿cómo podían utilizar la R.C.S. —murmuró Marsh.

—Eso no lo sé... pero sé que está siendo utilizada como excelente tapadera.

—De modo que no hay fugas de dinero, ni nada de eso... —reflexionó

Malcom—. Es ese asunto de los robos de coches y su posterior camuflaje y traslado. ¿Lo dirigía Lewis Parkinson?

—Sí.

—Pero debía tener un cómplice dentro de la R.C.S., ¿no? ¡De otro modo no hubiese podido utilizar esta empresa, su marca, sus camiones, su red de distribución y ventas en todo el país y en varios puntos de fuera... ¿No es así, señor Forbes? ¡Y un cómplice de auténtica importancia! ¿Quién es ese cómplice?

—No lo sé.

Malcom desvió la mirada hacia Ophelia, que permanecía sentada en un sillón, silenciosa, inmóvil, mirando como fascinada a Carl Forbes.

—Ophelia: ¿quién puede ser? —preguntó el detective—. ¿Quién puede mantener organizada una cosa así dentro de la empresa?

—No sé... Varias personas. Muchas. Pueden ser directores de filiales, jefes de embarque... No lo sé, Malcom.

—Tenemos a Aldo Howell... —recordó Neil—. ¡En cuanto esté en condiciones nos dirá todo lo que necesitamos saber, Malcom!

—Sí... Ese sí tiene que saberlo. Bueno, pero mientras tanto, podríamos...

—Malcom, escucha... —le interrumpió Neil Bascomb—. Con este asunto, voy a subir como la espuma, y le voy a dar en las narices al FBI al presentarles resuelto un caso que los lleva de coronilla hace años. Te lo agradezco. ¡Te amo, Malcom!

—Hombre, Neil...

—Y te voy a demostrar mi amor —sonrió el policía—: ¿por qué no te vas a descansar... y admites que Ophelia descanse también? ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Crees que Charlie aprobaría que después de la paliza que te has pegado me dejases a mí trabajar un poquito?

Malcom frunció el ceño, miró a Ophelia y sonrió de mala gana.

—Está bien. Pero, Neil, a las nueve de la mañana me tienes en el Departamento para saber cómo van las cosas.

—*Okay*. Que descanséis... ¡Y no se te ocurra ir a tu apartamento! Todavía deben andar rondándolo esos tipos, a los que vamos a ver si acorralamos dentro de unos minutos por allá. ¿Cuento con tu sensatez, Malcom?

—Que sí, hombre... —gruñó Malcom—. Vámonos, Ophelia.

* * *

Cuando Malcom Marsh detuvo el coche frente a la cabaña del «Crow Motel», estaba verdaderamente cansado y dolorido. Junto a él Ophelia se había dormido, simplemente, echada hacia la portezuela. El detective se quedó mirándola, sonriente; tenía una boquita preciosa. Parecía una preciosa niña rubia. Bueno, esto en cuanto al rostro, porque en cuanto se miraba su cuerpo se comprendía que la niñez

había pasado ya para Ophelia Reynolds.

A Marsh le supo mal tener que despertarla, así que salió sigilosamente del coche, abrió con cuidado la portezuela del lado de ella, la cargó en brazos tras colocarse la llave de la cabaña en la mano derecha, y se dirigió hacia allí.

Con Ophelia dormida en sus brazos, llegó al porche, abrió sin excesivas dificultades la puerta, entró, se las arregló para encender la luz, y se volvió para encaminarse hacia el dormitorio.

Palideció y quedó con los pies clavados al suelo. Su boca se secó de repente.

—Volvemos a vernos, Marsh —dijo Joey.

Malcom miró de la pistola de Joey a la del otro sujeto, al que no conocía. Pero supo en el acto quién era: el tal Leroy. El asesino de la pobre Norah Pearl. Ambos hombres le apuntaron con firmeza. En los ojos de Joey había una siniestra expresión de odio.

—Deje a la chica en ese sillón —ordenó Leroy.

Ophelia despertó. Respingó al ver a los dos pistoleros, y se abrazó instintivamente al cuello de Malcom, que exclamó:

—¡Esperen! No disparen contra mí ahora... Escuchen, ella es muy rica, si no la matan podrán cobrar una...

—No sea estúpido —gruñó Leroy—. ¿No le he dicho que deje a la chica en ese sillón?

Malcom Marsh parpadeó, mirando de uno a otro asesino.

—¿Quiere decir que no piensan disparar contra ella? ¿Por qué?

—Vamos, déjela ya —se mostró nervioso Joey.

—¿No quieren hacerle daño a Ophelia? —insistió Malcom.

Los dos pistoleros parecían no saber qué hacer. El detective seguía sosteniendo en brazos, ante su pecho, el cuerpo de Ophelia Reynolds, que se abrazaba a su cuello, y seguía mirando asustada a los dos asesinos, cuya inquietud era por demás evidente.

—¿Y por qué no? —preguntó Malcom—. ¿Por qué no quieren hacerle daño a ella?

—Marsh, le vamos a volar la cabeza si no deja a la chica en ese sillón —gruñó Joey.

—Tranquilo, tranquilo... no sea que puedan herir a mi dulce Ophelia. No se me pongan nerviosos. ¿Quieren que la deje en el sofá? De acuerdo, pues voy a dejarla...

—¡En el sillón! —exclamó Leroy.

—¿Qué más da? —gruñó de nuevo Joey—. Vamos, déjela donde quiera, pero hágalo.

—Sí, enseguida...

Ophelia Reynolds no olvidaría nunca mientras viviera lo que sucedió a continuación.

Malcom Marsh pasó detrás del sofá, como queriendo inclinarse sobre

el respaldo de éste para depositarla cuidadosamente, pero lo que hizo fue soltarla de pronto. Y, mientras Ophelia rebotaba en el sofá y caía al suelo, el detective se dejaba caer de rodillas detrás del sofá, y acto seguido, encogido, saltaba hacia el extremo de la derecha...

Apareció por allí cuando Leroy y Joey, lanzando imprecaciones, apuntaban hacia el respaldo del sofá y disparaban a la vez. Malcom asomó por el extremo del sofá la pistola requisada a Aldo Howell, y apretó el gatillo. Su disparo, sin silenciador, sonó como un cañonazo en comparación a las silenciosas armas de los asesinos, uno de los cuales, Leroy, recibió la bala en la frente, y saltó hacia atrás sin un grito, como un trágico muñeco. Joey desvió su arma hacia allí, pero en el momento en que disparaba sus pies eran desplazados por el tirón que efectuó Ophelia con ambas manos en sus tobillos.

Joey lanzó un grito mientras caía de espaldas, y su bala iba a dar en el techo. Su cabeza resonó contra el piso, y miles de estrellas aparecieron ante sus ojos. Cuando se despejó lo suficiente y quiso moverse, seguir luchando, un pie cayó sobre su mano derecha, clavándola al suelo, y la pistola que empuñaba Malcom le apuntó al rostro.

—Ya es suficiente —susurró el detective—. Y es absurdo que insista en cumplir órdenes, Joey: Howell y Parkinson han sido... puestos fuera de juego. ¿Eran ellos quienes le daban las órdenes?

—Sí... Sí.

—Ya. Pero no pudieron ser ellos quienes les dijeran a ustedes dos dónde encontrarme, porque no lo sabían... —la mirada del detective se desvió hacia la muchacha, que seguía en el suelo—. ¿Verdad que ellos no lo sabían, Ophelia? Sin embargo, se lo dijeron a Joey y a Leroy, para que vinieran aquí a esperarme... ¿Quién crees tú que pudo decirles a Parkinson y Howell dónde estábamos alojados nosotros, Ophelia? ¿Quién pudo decírselo?

La muchacha, que miraba aterrada a Malcom Marsh, se llevó las manos al rostro y rompió a llorar.

CAPITULO VIII

Gerald Owells entró en su despacho de la «Reynolds Car Suplies», directo a su mesa. Se sentó, se dispuso a encender un cigarrillo con expresión preocupada, y entonces, sentado en uno de los sillones frente a la mesa vio a Malcom Marsh, mirándole fijamente. El cigarrillo escapó de los labios de Owells, quien palideció intensamente. Su mirada se desvió hacia el otro sillón, ocupado por Ophelia, que le miraba como esperando un milagro, con expresión suplicante...

—Como ve, señor Owells —dijo serenamente Malcom—, sus esbirros no tuvieron suerte. Y le advierto que es una tontería que intente esquivar el asunto, porque ya está todo bien claro.

Gerald Owells sacó otro cigarrillo, al parecer ya más sereno, y lo encendió.

—¿Todo bien claro? —susurró—. ¡Eso es lo que usted cree!

—Sabemos que alguien de la «Reynolds Car Suplies» ha estado dirigiendo, autorizando o encubriendo todo el asunto del robo de coches desde hace años. Alguien importante, dentro de la empresa: usted, Owells.

—No es usted más que un pobre tonto, Marsh —sonrió Owells.

—Yo no me tengo por tonto. Y mi amigo Charlie piensa que soy un tipo listo.

—Es un pobre tonto... ¿Ama usted a Ophelia, Marsh?

—¿Y usted?

—¿Yo? ¿De dónde ha sacado eso?

—Del hecho de que Leroy y Joey tenían órdenes de no lastimarla a ella.

—¡Ah...! Sí, es cierto. Pero esto era solamente porque necesito viva a Ophelia, como necesité viva a Leticia, para que fuera firmando todos los papeles que le ponía delante. En realidad, nada... directamente fraudulento contra la empresa o contra los intereses personales de Ophelia: simples órdenes de embarque, y cosas así... Alguien tenía que firmar los envíos, ¿comprende?

—¿Se da cuenta de que lo está admitiendo todo?

—Desde luego. Mire, Marsh: Parkinson era el jefe, yo era su hombre de confianza aquí dentro... y Leticia era la firma imprescindible, como pronto iba a serlo Ophelia. Durante años, hemos estado ganando dinero en grandes cantidades, organizando el robo de coches en todo el país, y vendiéndolos luego en lugares alejados de su procedencia, disfrazados con motores y piezas cambiadas... Algo de una envergadura tal que usted ni siquiera alcanzaría a comprenderlo.

—Es posible. De acuerdo, Owells: se entenderá usted con la policía y con el FBI.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta, Marsh: ¿ama usted a Ophelia?

—Sí.

—En ese caso, podemos hacer un trato: usted me deja marchar, y yo no lastimo a Ophelia.

—¿Lastimarla? —Malcom sonrió fríamente—. Inténtelo.

—No lo entiende... —Owells movió la cabeza—. ¿Cree que sólo se puede lastimar físicamente? También las palabras pueden causar mucho daño. Pero no hablemos de eso... ¿Me voy o refiere que la policía me capture y me obliguen a decir *toda la verdad*!

Malcom Marsh estaba un tanto desconcertado por la firmeza de Gerald Owells. Pero Ophelia preguntó:

—¿Qué verdad, Gerald? ¿Que ha traicionado usted la confianza de toda la familia, que nos ha engañado a todos... que es usted un... un miserable y un... un asesino...?

—¿Asesino? —alzó las cejas Owells.

—¡Sí, un asesino! ¡Fue usted quien estropeó el coche de tía Letty para que se matara! ¡Fue usted! ¡Y fue usted quien estropeó el helicóptero de mi padre! ¡Y...!

—Me parece, pequeña Ophelia, que te estás buscando un disgusto...

—murmuró Owells—. Bien, Marsh: ¿puedo marcharme?

Fue en aquel momento cuando Malcom Marsh comenzó a presentir que el final iba a ser mucho más duro y cruel de cuanto se podía haber esperado... Y por un instante, pensando sólo en Ophelia, estuvo tentado de decirle a Gerald Owells que se fuera, que desapareciera. Pero sólo por un instante, porque aquel hombre, directa o indirectamente, era causante de varios asesinatos, y tenía que pagar. Y aunque él hubiese querido dejarle marchar, no habría podido, porque Ophelia se opuso enérgicamente, incorporándose.

—¡No irá a ninguna parte! —casi gritó—. ¡Se quedará aquí, hasta que llegue la policía!

—De acuerdo —asintió Owells con escalofriante placidez—. Y mientras esperamos a la policía, podemos charlar, Ophelia. ¿Crees que yo maté a tu tía? Bien, eso es cierto. Yo personalmente estropeé su coche, tras asegurarme de que acudiría a una cita conmigo fuera de Cleveland, ya que el día anterior no le había gustado el «Charlot». Pero fuimos allá porque Parkinson quería entrevistarse con tu tía Letty, y nos pareció un buen sitio...

—¿Tía Letty... con Parkinson? —tartamudeó Ophelia.

—Sí. Ella estuvo allí la noche anterior a su muerte, conmigo, para decirle a Parkinson directamente, o por mediación de Howell, que...

—¡Cállese, Owells! —ordenó Malcom—. ¡No diga nada más!

—¿Qué más da, si dentro de poco la historia la publicarán los periódicos? —le miró irónicamente Owells—. Sí, querida. Tía Letty

sabía perfectamente lo que hacíamos, y colaboraba conmigo. Ella firmaba, yo dirigía. Todo iba bien hasta que comenzaste a acercarte a los veintitrés años. Teníamos previsto con Leticia que ella te cedería el puesto, sin complicaciones, y yo me las arreglaría para que tú siguieses firmando todo cuanto yo te pusiera delante. ¡Pero tu tía Letty te odiaba tanto, pequeña Ophelia...!

—¿Qué? —exclamó Ophelia—. ¿Está usted loco, Gerald?

—Te odiaba casi tanto como odió a tu madre.

—¿A su hermana, quiere decir?

—A su hermana, a tu madre.

Como un relámpago, la imagen de aquella fotografía vista en la salita de los recuerdos en la casa de los Reynolds pasó por la mente de Malcom Marsh. Y de pronto, supo qué le había atraído de esa fotografía: la mirada de *odio* que Leticia Martins dirigía a su hermana Susan en el día de su boda con el apuesto Robert Reynolds.

—Pero... ¡Dios mío, usted no sabe lo que dice! —gimió Ophelia.

—Tu tía Letty odió a tu madre, su propia hermana, en cuanto ésta se casó con tu padre, de quien Leticia estaba locamente enamorada. Pero, con buen gusto y criterio, Robert eligió a Susan, y se casó con ella. Durante años, Leticia estuvo viviendo con ellos, odiando a tu madre intensamente, y finalmente , también a Robert... Su odio se convirtió en una obsesión, y sólo pudo liberarse de ella asesinando a tu padre y a tu madre.

—No. ¡No!

—Fue ella quien contrató a un empleado de la empresa para que, una noche, estropeará el helicóptero adecuadamente. Y así fue como tus padres fallecieron. Pero, poco a poco, el hombre que había ayudado a tu tía comenzó a ponerse exigente, a chantajearla... Leticia recurrió a mí, finalmente, y yo, que andaba buscando el modo de enfocar el asunto que Parkinson me había propuesto para utilizar la «Reynolds Car Suplies» como tapadera del gran negocio de coches robados en todo el país, me encontré con la solución en las manos. Le dije a Leticia que si aceptaba colaborar, yo me encargaría de aquel hombre que la estaba chantajeando. Leticia aceptó. Y uno de los asesinos de Parkinson se encargó de aquel sujeto, que jamás volvió a molestar a Leticia. Quiero decir, para que me entiendas, que fue asesinado. Y por supuesto, tu tía Leticia sabía esto tan bien como sabía que ella había sido la auténtica asesina de tus padres.

Ophelia escuchaba, pero ya no podía enfrentarse a Owells, porque estaba llorando, con un desconsuelo tremendo. Malcom murmuró:

—Ya basta, Owells.

—¿Por qué ya basta? Ustedes han venido aquí en busca de la verdad, ¿no es así? ¡Pues aquí la tienen! Y la verdad es que, además de todo eso, Leticia ordenó también la muerte de Ophelia, a la que, con el

tiempo, había llegado a odiar tanto como a sus padres, y además, ahora, la iba a apartar de la dirección visible de la empresa, la iba a... arrinconar como a un viejo trasto inútil. Así que nos exigió que la matásemos, que simulásemos otro accidente. Parkinson dijo que no, que serían demasiados accidentes, pero ella insistió. Tuvimos una discusión muy fuerte en el despacho de Howell, hasta que Leticia se marchó de allí gritando, y Parkinson salió tras ella con Howell, y le dijo: ¡tenga mucho cuidado con lo que hace, porque si se pasa de la raya lo lamentará! Y ya no dijo más, porque...

—Porque se dio cuenta de que Norah Pearl le había oído o podía oírle.

—Sí. Al día siguiente, por la mañana, Leticia llamó a Parkinson a su casa, muy temprano. Parkinson dormía, así que la llamó en otro momento. Leticia quería, insistía, que matásemos a Ophelia, y Parkinson la amenazó. Entonces, fue ella la que le dijo a Parkinson que si no matábamos a Ophelia, ella pondría al descubierto todo el negocio, y que se negaría a seguir colaborando. Parkinson me llamó a mí y me dijo cómo estaban las cosas...

—Y le ordenó que preparase el accidente, pero no de Ophelia, sino de Leticia, que se estaba convirtiendo en un elemento poco de fiar, impulsivo, exigente... y peligroso.

—Sí.

—Y usted preparó la muerte de Leticia.

—Podría haber sido peor... —sonrió Owells—. Podría haber preparado la de Ophelia, señor Marsh. ¿Eso no merece su agradecimiento?

—Es usted un cínico.

—Puede que sí —asintió Owells—, ¡Si supiera la gracia que me hizo saber que Ophelia iba todos los días a llevar flores a su tía Leticia desde que ésta fue enterrada! ¡Era divertidísimo, Marsh, se lo juro!

—Esas flores, que se marchitarán, serán las últimas que tía Leticia haya recibido en su tumba, Owells. Pero algunas habrá recibido. En cambio, usted no recibirá nunca ninguna. Flores marchitas para tía Leticia... pero nada para usted. Usted, Owells, no tiene por sobrina a mi dulce y angelical Ophelia... que confiaba en todo y en todos. Usted, Owells, ni flores marchitas ni nada. Sólo el silencio y el olvido que merecen los asesinos.

ESTE ES EL FINAL

—...Conque ya ves, Charlie, querido amigo, lo mal que lo estoy pasando. Y es comprensible, ¿verdad? Me he convertido en el detective privado de moda en Cleveland, pero me he quedado sin mi dulce y angelical Ophelia... ¿Qué dices, Charlie? ¿Que dónde está Ophelia? ¿Es eso lo que preguntas, Charlie, amigo del alma?

Charlie, por supuesto, no preguntaba nada. Estaba sentado con elegante gesto en su sillón, fija su simpática mirada de muñeco en su sólida cabezota de cuero. Era, ciertamente, un amigo discreto, fiel y callado, un buen oyente, un excelente confidente.

—Pues, querido Charlie, te diré dónde está Ophelia... Creo que en París, o por ahí. Tras firmar su declaración, y a la espera del juicio, decidió marcharse a dar una vueltecita por el mundo, para olvidar... ¿Te das cuenta, Charlie? ¡Para olvidar! Incluso a nosotros, Charlie. ¿Qué cuándo volverá? Pues...

Sonó el timbre del apartamento. Malcom Marsh volvió la cabeza, frunció el ceño, miró su vaso de whisky que sostenía en una mano... No tenía ganas de visitas. Pero, cuando la llamada se repitió, se puso en pie, dejó el vaso, y, refunfuñando, fue a abrir.

Dentro del cuerpo del detective privado hubo como una explosión cuando, ante él, vio a Ophelia Reynolds, mirándole intensamente.

—Es una tontería —dijo Ophelia, con voz tenue—: no tenemos por qué estar separados nosotros porque haya gente tan malvada, Malcom.

—Pero... ¿no estabas en París? —dijo tontamente Marsh.

—Sí. Pero he vuelto. No podía estar sin ti.

—Ah... bueno, pasa. Estaba charlando con Charlie.

Ophelia se adentró en el apartamento y Malcom Marsh la siguió tras pasarse una mano por la frente. Encontró a Ophelia sentada frente a Charlie, diciéndole:

—¿Qué tal, Charlie? ¿Me has echado de menos? Seguro que más que ese tonto de Malcom, tu amigo del alma. Se ha quedado como un pasmarote... ¡Y hasta será capaz de preguntarme, cuando reaccione, si quiero jugar al ajedrez!

—¿Quieres... jugar al ajedrez? —susurró el detective.

Ophelia volvió sus maravillosos ojos hacia él.

—No he vuelto contigo precisamente para eso, Malcom Marsh. Y estoy segura que hasta Charlie me ha entendido.

F I N

Índice

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

ESTE ES EL FINAL